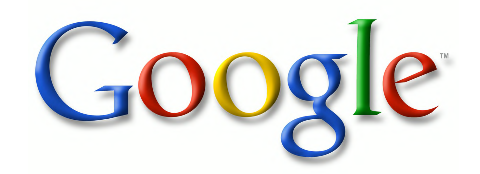
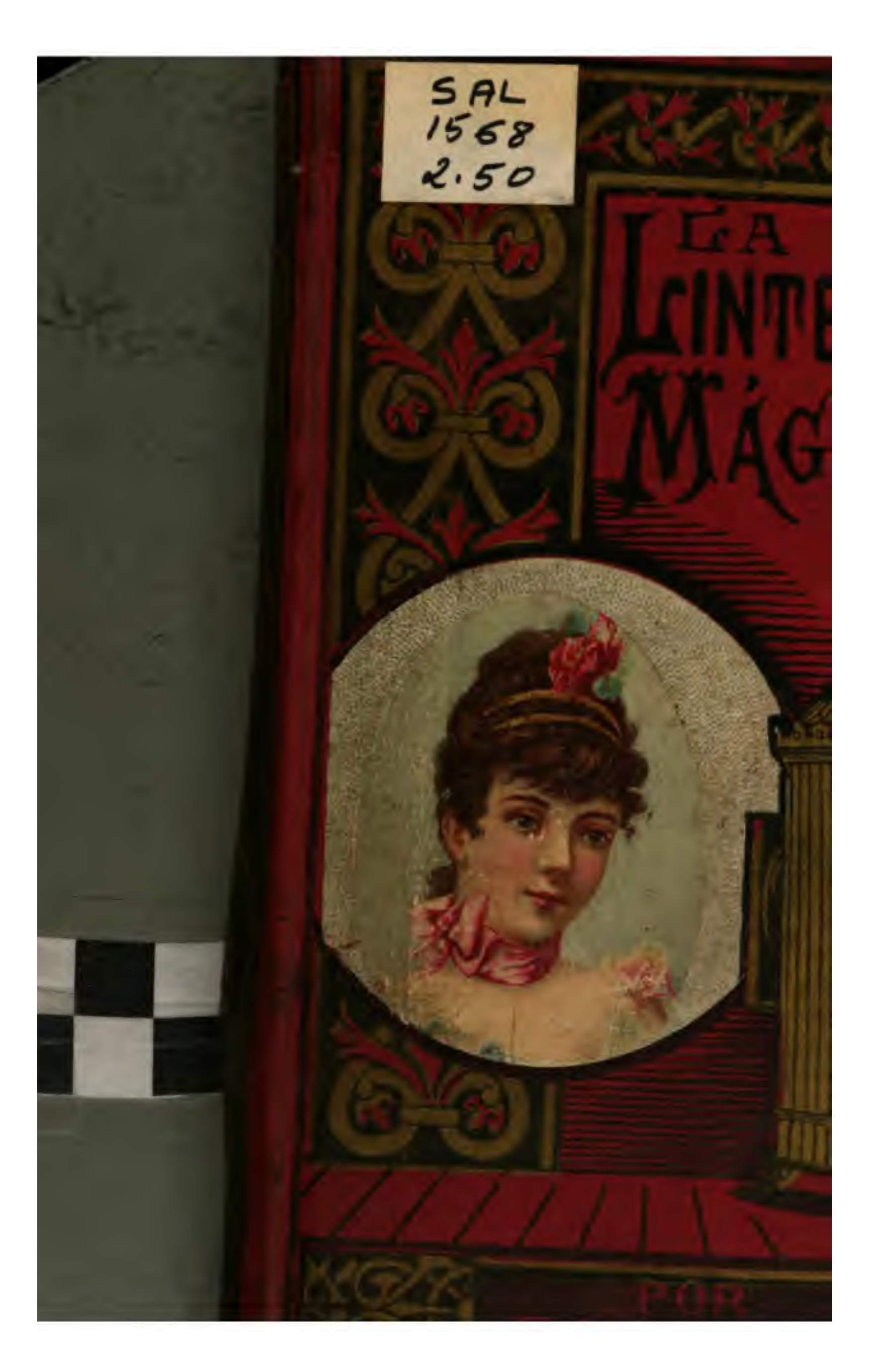
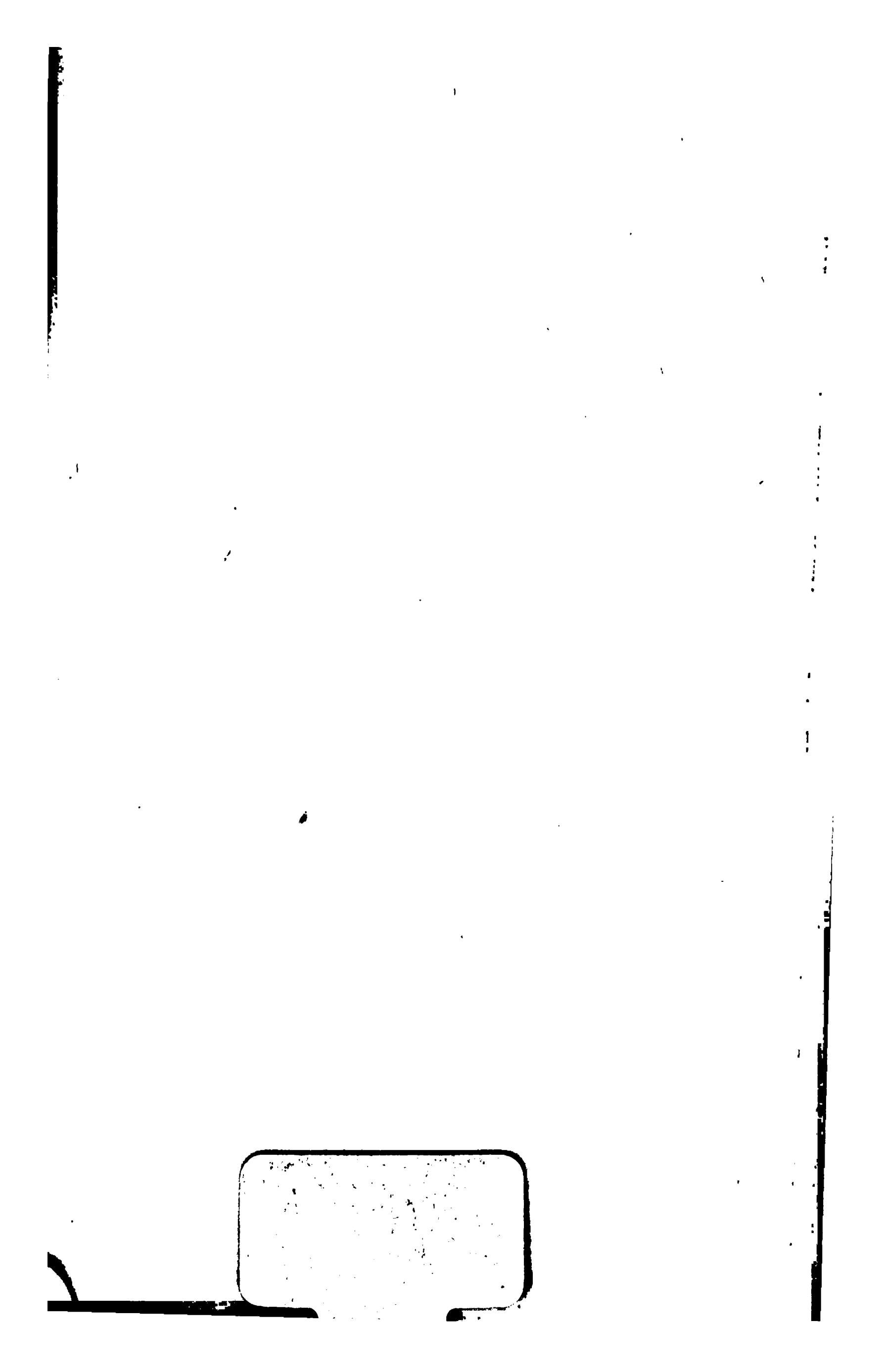

Google


SAL
1568
2.50
LA
LINTE
MÁG
POR


A
NTERNA
ÁGICA



LA
LINTERNA MÁGICA
SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO XXI.

LA
LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO XXI.



SANTANDER.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892.

LA LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.



SANTANDER.
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.
1892.


LA IMPRENTA



LA IMPRENTA.

Por más que hayamos de resignarnos á sufrir las consecuencias de la inflexible ley de las evoluciones sociales, y á no ser nosotros quienes recojamos el fruto de las ideas que humildemente emitimos para remediar ciertos males, nos creemos en el deber de insistir en nuestros propósitos, siquiera para preparar el campo de las discusiones que se suscitarán mas tarde, cuando la sociedad nuestra, aburrida de este período de inanición, se

encamine con paso seguro á su progreso y mejoramiento.

Inútil será insistir una vez más en la ineludible necesidad de propagar la instrucción pública, cuando puede asegurarse que esta tendencia está ya elevada entre nosotros á la categoría de sentimiento verdaderamente nacional; pero por lo mismo que de este gran principio depende nuestra completa regeneración social, debemos consagrar una atención muy preferente á las cuestiones que se relacionan con el desenvolvimiento de este gran plan civilizador, considerando que, así como el progreso material de un pueblo está hoy representado especialmente por sus ferrocarriles, el progreso moral é intelectual está representado por la imprenta.

Cuando Gutenberg, por medio de los caracteres movibles y de la prensa, alcanzó la multiplicación del libro manuscrito, el mundo todo saludó con entusiasmo el gran invento que iba á cambiar la faz de las naciones; y sin embargo, ni la imaginación mas

exaltada pudo entonces concebir una idea del grado de perfeccionamiento á que había de llegar la imprenta en nuestros días. Durante un largo período de años la prensa de imprimir no tuvo mas mejora con relación al tiempo y al trabajo que la adición del entintador voluntario, hasta la invención de la prensa mecánica, que vino á reducir á un diez por ciento las sumas de tiempo y de trabajo; y el espíritu humano, concentrado en los esplendores de esta invención magnífica, se empeñó más y más en lucha formidable para aniquilar el tiempo, hasta arrancar á ese gigante de hierro de complicadísimas entrañas, hijo suyo, á quien parece haberle trasmitido su propio aliento, no la suma de ejemplares impresos que caen uno tras otro como las hojas del árbol, sinó una verdadera catarata de papel, impreso con la velocidad del pensamiento.

Este resultado no pudo alcanzarse sin el vapor y sin la estereotipia: porque el vapor centuplica la fuerza y el movimiento y la estereotipia multiplica las planas matri-

ces y les da la forma cilíndrica para aprovechar la velocidad y ventaja del movimiento rotatorio contínuo sobre el de presión perpendicular é intermitente.

Esta combinación está dando el resultado mas asombroso que pueda imaginarse en materia de rapidez en la producción de ejemplares impresos. La prensa que imprime el *Evening Star*, en la ciudad de Washington, tira «veintiseis mil ejemplares en una hora». Hay detrás de la máquina un cilindro que contiene una tira de papel de metro y medio de ancho por «algunas millas» de largo. De esta manera la impresión es contínua; no mediando interrupción alguna entre la impresión de uno á otro ejemplar, supuesto que ésta se efectúa á cada evolución del cilindro-planta. Lo que verdaderamente maravilla al espectador es que una vez puesta en movimiento esta prensa por medio del vapor, gira el papel en su cilindro y entra en aquel laberinto complicadísimo de ruedas que imprime el blanco, corta el papel, imprime la vuelta, dobla el

ejemplar y le entrega el periódico por cuenta y en orden, en un cajón ó depósito, en el que un registro automático divide los ejemplares doblados de diez en diez.

Para que el reparto esté en armonía con esta rapidez en la producción de ejemplares, una hora antes han invadido cosa de trescientos muchachos la parte subterránea del edificio, «basement» en donde cada cual hace el pedido de ejemplares, precisamente con arreglo á la división decimal que hace la misma prensa; paga el importe y recibe una ficha; hecho lo cual, se colocan en hilera por el orden que llegan. Los ejemplares pasan de la prensa, que está en el piso superior, por un plano inclinado á las manos del empleado que los cambia por la ficha ó boletos de cada muchacho, quien una vez con su mercancía en la mano, se lanza como flecha hacia la calle vociferando el *Evening Star*...

Como se ve, la impresión, doblez, cuenta, distribución y venta comprobada de veintiseis mil ejemplares de este periódico se verifica en un par de horas.

Y no pareciendo esto suficiente, durante la hora en que ha atronado el espacio el ruído de aquella máquina vertiginosa, el departamento de estereotipia ha tenido tiempo de fundir y hacer cilindricas las dos primeras planas del periódico que una hora después va á formar la segunda edición en la misma tarde. Ya otro ejército de muchachos, aunque en menor número que el anterior, espera en los bajos el tiro de la segunda edición, que, no obstante publicarse con sólo dos horas de diferencia, encuentra la primera edición completamente agotada.

Este periódico vale dos centavos y sus rendimientos dan lo suficiente para pagar los siguientes sueldos:

El director................	$ 15.000	anuales.
El segundo................	» 10.000	»
El secretario..............	» 5.000	»

10 reporters, á quienes se les paga á razón de $ 5 por columna.

A propósito de periódicos americanos, es curiosa y digna de contarse la historia del «Sun,» de Nueva York.

El 3 de Septiembre de 1833, el dueño de una pequeña imprenta de Springfield, tuvo la idea de entretener sus ócios, publicando un periódico de á centavo, del tamaño de un pliego de papel de cartas, más bien para llamar la atención sobre su imprenta, que con la idea de establecer una empresa periodística. El impresor redactaba, componía y tiraba el periódico, y fué el primero que se valió de muchachos para su venta y reparto; tiraba trescientos ejemplares que se vendían con estimación, y en poco tiempo subió el tiro á mil. Después pagó seis pesos semanarios á un «reporter» que le llevara escritas las noticias mas importantes del día.

En 1853, la empresa del pobre impresor había tomado grandes proporciones; tenía una prensa de vapor que tiraba diez mil ejemplares por hora, y la circulación del *Sun* era de cincuenta y cinco mil ejemplares por día; gastaba al año ciento cincuenta mil pesos en papel; ochenta mil en sueldos y salarios, y diez mil en tipos que había que renovar cada dos meses.

En 1867, la propiedad del periódico fué vendida por ciento setenta y cinco mil pesos al contado, y á la presente, la imprenta y el edificio del *Sun* valen seiscientos mil pesos. Imprime más de un millón de ejemplares á la semana, en las admirables prensas de Bullock, una de las cuales puede tirar 32,000 ejemplares en una hora El año pasado se vendieron 55.536,030 ejemplares; consumiendo 4.536,783 libras de papel, y ocasionando un gasto de más de un millón de pesos. Los gastos ordinarios de este establecimiento son de $ 17,000 semanarios.

No es, sin embargo, el *Sun* de New York, el periódico de más circulación: el *Times* y el *Herald*, sobre todo, le superan.

Este es el grado de adelanto que ha alcanzado la imprenta en nuestros días, en sólo el ramo de periódicos.

Por lo que respecta á la producción de libros, la casa editorial de Sippincott de Filadelfia, publica en 1881 las obras completas de Milton, 4.°, 562 páginas, edición

de lujo, filetes rojos, pasta y cantos dorados por setenta y cinco centavos.

Lovell publica en New York, las obras de Lord Byron, 4.º, 544 páginas, pasta de lujo, por cincuenta centavos.

El mismo, Obras completas de Tennyson, ilustradas, 4.º mayor, 684 páginas, filetes rojos, pasta de lujo y cantos dorados, $ 1.50.

Houghton, Mifflin y C.ª, de Boston, obras poéticas de Longfellow, 4.º, 416 páginas, pasta de lujo $ 1.50.

Porter & Coates, Filadelfia. Historia Natural por J. C. Wood, 4.º mayor, 695 páginas, ilustrada con 500 grabados, pasta de lujo, $ 1.50.

Burlock & C.ª Filadelfia. Dos mil recetas de cocina, 4.º, 320 páginas, pasta de lujo, 35 centavos.

Ahora bien: cuando se suelen narrar estos hechos para dar una idea de la altura á que puede llegar la imprenta en un país civilizado, y esto se hace con la loable intención de despertar el espíritu de empresa entre nosotros, no faltan personas que, en-

greídas con la rutina y el *statu quo*, se figuren que todos esos guarismos son fantásticos, y que todas esas grandezas son los cuentos de viajeros ilusos que van á abrir la boca al país vecino para contarnos maravillas. Hay quien crea, con un candor envidiable, que en todo estamos muy adelantados. No hace mucho, un conocido mío, muy bonachón y muy patriota, me enseñaba un libro muy bien impreso en México, y hube de convenir con él, en que tenemos muy buenos cajistas, buenos prensistas y buenos impresores; tan buenos, que son capaces siempre que les den buen papel y les paguen caro, de hacer ediciones de mil ejemplares, y más, enteramente irreprochables. Con este motivo, recordamos el conocido mío y yo, que en México hubo un herrero, que bien puede vivir todavía, tan hábil, que logró hacer él sólo, solito, un fusil de Remington; y en la calle segunda de las Damas, había en el año de 1872 un artesano habilísimo, que colocó en la puerta de su accesoria un letrero que decía: «Fábrica de máquinas de

coser.» Ese artesano llegó á hacer, también solito, una máquina de coser, que cosía efectivamente. Ante adelantos semejantes no pudimos menos, mi conocido y yo, de exclamar, «¡Dios les conserve sus manos, tanto al armero que hizo el fusil, como al que hizo la máquina de coser, y Dios se las conserve también á los que hacen entre nosotros impresiones tan correctas y tan limpias, sobre papel extranjero, con tipos extranjeros y con máquinas extranjeras!» Pero después de dejar á esas aptitudes personales en su buena opinión y fama, y mas todavía, después de ser los primeros en tributarles todo el elogio que merecen, lo confesamos ingenuamente, nos dá tristeza contemplar el estado en que se encuentra la imprenta entre nosotros. Dependerá esta tristeza probablemente de que cada uno tiene su manera de querer y de ver las cosas. Yo confieso que la manera que tengo de querer á mi país, consiste en mi ardiente deseo por su prosperidad y su engrandecimiento, y confieso mas todavía,

y es, que conocidas nuestras aptitudes, lamento profundamente que estén tan mal empleadas; lamento que los barceloneses nos lleven la palma, que nos hagan nuestros libros allá, y nos los remitan; lamento que no haya una empresa periodística que se parezca siquiera á las que existían hace treinta años en los Estados Unidos; lamento que en medio siglo no hayamos logrado llegar á hacer papel bueno y barato, y lamento con sobradísimo fundamento, el estado de atraso de nuestra imprenta, porque sin que llegue ésta al estado de prosperidad en que se halla en los paises civilizados, será la rémora mas poderosa para el verdadero progreso de la instrucción pública y de la cultura intelectual de México.




LA EDUCACIÓN DEL SENTIDO COMÚN
I

LA EDUCACIÓN DEL SENTIDO COMÚN.

DURA ya más de medio siglo la controversia sobre sistemas de enseñanza y estamos lejos todavía de llegar á un acuerdo definitivo. En cuanto á teorías, tenemos, es cierto, un acopio de las mas brillantes; muchas de las cuales hemos adoptado convencidos de su indisputable mérito por los resultados prácticos que han dado en otras partes; pero lo cierto es que entre nosotros no producen el mismo efecto. Creemos por lo mismo, que la gran dificultad consiste en aplicar á nues-

tros usos, á nuestros hábitos y á nuestros defectos inveterados la filosofía de la enseñanza.

Si alguna conclusión puede deducirse ya claramente de las diversas modificaciones é innovaciones en la enseñanza, es la tendencia manifiesta á adaptar la educación del hombre al espíritu positivo y práctico de las sociedades modernas; dicho lo cual se comprende con facilidad la trascendental importancia que ha llegado á adquirir el estudio de las matemáticas, en la educación del hombre.

Esa misma tendencia pedagógica tomada como base de la educación en México, daría grandes resultados, que serían tan palpables y manifiestos en la nueva generación, que harían cambiar radicalmente la faz de la sociedad.

Tomemos por modelo una familia cualquiera; juzguémosla en sus detalles y manera de ser, y conoceremos cuán lejos está la instrucción pública actual de influír en la reforma de las costumbres, ni de educar á

la juventud conforme al espíritu positivista de nuestra época.

El jefe de esta familia es un comerciante: lleva treinta años de vivir del comercio y todavía no es rico, ni lo será jamás; gasta en su familia todo lo que gana y muchas veces algo más ¿porqué no ha prosperado? Él es un hombre honrado, laborioso, metódico, inteligente. Supongamos que le hemos dirigido la anterior interpelación. Nos contestará sin duda de esta manera:

—Llevo treinta años de comerciante; y en este tiempo he estado sujeto á mil alternativas; he tenido «tiempos muy malos» y sólo en fuerza de constancia y merced á contingencias favorables, he podido permanecer en pié; dos veces estuve á punto de quebrar, y me salvó una vez la lotería de nuestra Señora de Guadalupe y otra un compadre mío, español. El comercio está por los suelos, y sólo los extranjeros prosperan y se enriquecen; los mexicanos estamos destinados á morirnos de hambre en nuestro país. Cada día mis gastos son mayores, la

familia consume un dineral, y á medida que mis hijos crecen, se aumentan mis penurias y mis aflicciones.

Si se le hace observar á este comerciante que uno de los medios prácticos de prosperar en todo género de empresas es la asociación del capital.

—No me hable usted de compañías, exclamará santiguándose, no señor; yo no me asociaré jamás con nadie para el comercio. Dos veces he pactado una compañía, y las dos veces ha sido esto el semillero mas escandaloso de disgustos y quebrantos y todavía no sé cómo he podido salir avante. No señor, ¡compañías en México, ni pensarlo! Es bueno que no quisiera uno tener ni dependientes. Pregunte usted á cualquier comerciante, y por bisoño que sea, le espetará á usted estos dos axiomas, con una convicción y una seguridad absoluta; primera. El buey sólo bien se lame, y vale más sólo que mal acompañado. Segundo. Todos los negocios se pierden en México por las segundas manos.

—¿Cómo es eso posible?

—Sí, señor, de diez y seis dependientes que he tenido en mi vida, catorce han sido ladrones.

—Esa es una exageración.

—Constan los robos en mi libro de ganancias y pérdidas y lo puede usted ver cuando guste.

Todo lo dicho por el comerciante es cierto, y lo hemos oído decir miles de veces.

En efecto, los hechos no dejan lugar á duda, y la estadística, si la tuviéramos, nos daría la prueba palpable. El comercio de la República está en manos de los extranjeros. Á la presente han desaparecido casi por completo las fortunas procedentes de los conquistadores y las que de éstas se derivaron. Hay relativamente mayor número de capitales mexicanos perdidos, que de fortunas extranjeras formadas en el país; y uno de los síntomas de que este mal no tiene remedio, es que todos repetimos esos axiomas, inclinándonos á creer que hay en ello algo de predestinación ó fatalidad, y confor-

mándonos con que esa es nuestra suerte, estamos muy lejos de buscar el remedio para conjurar el mal.

El comercio no es más que el cambio de efectos por dinero y vice-versa; pero de este doble cambio resulta un resíduo, que establece la progresión décupla en los cambios subsecuentes.

Sea por ejemplo el capital invertido..................................	50
Y la venta efectuada..................	60

El resíduo 10 tiene indefectiblemente dos aplicaciones, para lo cual hay que distribuírlo: en gasto muerto y en adición al capital. La adición al capital será mayor en proporción que sea menor el gasto muerto.

Parecería hasta inútil ocuparse en plantear la anterior sencillísima teoría del comercio, por ser simplemente una cuestión de sentido común; pero así y todo, esa teoría nos dará la clave del aspecto y modo de ser del comercio mexicano en la mayoría de los casos.

Nótese que acaso en ninguna ciudad del

mundo está el comercio tan subdividido y es tan estacionario como en México.

Siguiendo la regla del comerciante que hemos descrito, no hay que pensar en la asociación del capital; y así sucede efectivamente: el comercio es individual, y sirve sólo para subvenir á las necesidades de un individuo ó cuando más de una familia.

El comercio, con ser pequeño, no deja sino un resíduo indivisible en las dos fracciones de gasto y de fomento, y el mayor número de veces sucede que el tal resíduo, confundido en el producto de la venta, se convierte en gasto muerto, y por consecuencia en la muerte infalible de la negociación.

Existen por miles en la capital los comercios en pequeño, como zapaterías, estanquillos, sederías, fondas, cafés y tendajones, amén del formidable ejército de vendedores ambulantes de golosinas, que desde tiempo inmemorial han decidido vivir vendiendo lo necesario extrictamente para mantenerse.

Claro es, pues, que todo comercio que permanece estacionario durante períodos de años, como el de las alacenas de los portales, adolece del vicio de consumir en gasto muerto el resíduo entre la compra y la venta.

Y no es de suponer que todos esos pequeños comerciantes ignoren la teoría enumerada; pero sí es de asegurar que todos ellos están, sinó conformes, á lo menos humildemente resignados con su situación.

Depende esto sólo de la miseria pública y de la pequeñez del capital invertido? No ciertamente. Hay causas morales mas poderosas, que son, no sólo personales sino características, hereditarias, é indiosincráticas. Es característico en nuestra raza el poco apego al dinero, y la falta de ambición personal; y si las razas humanas tienen el poder de trasmitirse su índole, y sus propensiones de generación en generación, no podemos menos de reconocernos en este respecto legítimos descendientes de la caduca raza indígena, que, en sus ramas y mezcla

lleva todavía y llevará hasta que se extinga, la melancolía de su historia, el rencor á los blancos, la indiferencia por la civilización y la impertubabilidad de sus costumbres.

Algo de ese fanatismo indígena, de esa abyecta conformidad con su modo de ser, de ese excepticismo invencible hay en nosotros, cuando cada cual se conforma y se contenta con mezquina ración cuotidiana sin soñar siquiera en el mejoramiento. No parece sinó que en la conciencia de cada uno está la cortedad de la vida, y acaso la cortedad del plazo en que nuestra raza desaparezca por completo de la superficie de la tierra.

Este aspecto general de nuestro comercio no nos llama la atención, cuando no hemos tenido ocasión de compararlo con el de otros pueblos: pero podemos asegurarlo, porque lo hemos palpado en el extranjero, la prosperidad comercial está representada hoy en el mundo por el aumento de las empresas en grande escala y por la extinción gradual de los pequeños comercios.

Llama la atención en los Estados Unidos el reducido número de comercios en pequeña escala, en relación al de las grandes empresas y el que todas ellas, así las comerciales como las industriales, estén representadas por compañías.

La asociación del capital es casi invariablemente la base de todas las empresas.

No soy, sin embargo, ciego admirador de las causas morales que forman y sostienen por largos períodos en la mejor paz y armonía las compañías americanas en realidad de verdad, la virtud capital que las une es el espíritu práctico que les hace palpar el axioma de que la unión da la fuerza; los intereses individuales se equilibran y se ponen de acuerdo por el instinto de la propia conservación.

Este espíritu práctico nació en la escuela americana hace ciento siete años, cuando en el plan filosófico de la instrucción pública concibieron los primeros legisladores la luminosa idea de aplicar la ciencia de los números á la educación y á la vida

práctica, por desgracia tan inseparable de la inflexible ley de los guarismos.

Opino, por lo mismo, que la instrucción pública debe tener por objeto entre nosotros, en vez de propagar profusa é inconsideradamente una suma enorme de conocimientos enciclopédicos, dirigirse con profunda filosofía, con delicado acierto y con prolijo esmero á un sistema de educación del pueblo que tenga por base moral conjurar la apatía, la abyección, el desaseo, la falta de decoro personal, la carencia de ambición, el desprecio á las comodidades de la vida, el poco aprecio de sí mismo, la informalidad, la pereza, la ignorancia del respeto público, el egoísmo, la falta de respeto á la mujer, la inmoralidad, la embriaguez y la prostitución.

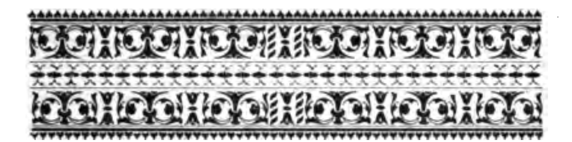
Cualesquiera que sean las conquistas de la instrucción pública en su plan actual, sólo conseguirá tener una minoría ilustrada, y hasta sabia, en tristísima desproporción con los millones de ignorantes incorregibles.

No soy de los que hacen la guerra al

Conservatorio; pero creo firmemente que el porvenir de la patria exije ya con voz solemne, y acaso lúgubre, á nuestra juventud y á nuestro pueblo, más ejercicios atléticos que filarmónicos, más virilidad que estética, más aritmética que poesía, y más sentido práctico que ciencia; porque hemos llegado á esta época á condición de aprender á vivir en el mundo tal como lo ha vuelto el espíritu positivista de nuestro siglo.




LA EDUCACIÓN DEL SENTIDO COMÚN
II



LA EDUCACIÓN DEL SENTIDO COMÚN.

II.

PARA que la instrucción pública, tal como está organizada en México, llegue á cambiar la faz del pueblo bajo, se necesita el trascurso de algunos siglos. Insistimos en este tema, porque estamos seguros de que nuestro pueblo es educable, y de que esta es obra en la que pudiera adelantarse muchísimo en poco tiempo. La escuela actual de primeras letras está instituída más para instruír que para educar; el pueblo pierde en ella una parte de su ig-

ñorancia, pero no de sus malas costumbres. La reforma moral que se inicia en la escuela, apenas deja en el educando una huella, que la familia no educada se encarga de borrar con sus malas costumbres y sus malos ejemplos.

Bien comprendemos que la educación de un pueblo es una obra larga, que tiene que ir dando sus frutos paulatinamente; pero cabe en lo posible reducir el tiempo en que sea palpable el resultado de la educación. A este efecto, ningún auxiliar es mas poderoso que la buena organización de la policía en todo lo que se relacione con el orden, respetos y consideraciones que todo individuo está obligado á guardar en público.

La escuela de las costumbres de ciertas clases ínfimas, es el mercado público; luego una buena reglamentación de los mercados, sería á la vez un código de educación de esas clases. Si un artículo de ese reglamento prohibiese la venta de frutas y comestibles tendidos en el suelo, y obligara á todos los vendedores á exhibir su mer-

cancía en mesas ó mostradores altos, claro es que se instituiría una costumbre que cedería en beneficio y comodidad del público, y en provecho del vendedor; porque adquiriría las nociones de respeto al público, y de respeto y compostura de sí mismo.

Si otro artículo de ese reglamento prohibiera, bajo pena de multa, arrojar cáscaras de fruta en las banquetas, serviría esa prevención: primero, para conservar la limpieza de la vía transitada; segundo, para evitar á los transeuntes una caída; y por último, para inculcar al pueblo ignorante y abyecto el conocimiento del límite de la libertad individual.

Si ese mismo reglamento de policía, se inspirara en el principio de que la vía de tránsito ó banqueta es del dominio del público, sólo para el tránsito; y que convertirla en campamento, aduar, dormitorio y comedor, es un abuso que ataca la libertad de los transeuntes, influiría seguramente en corregir los malos hábitos del pueblo ignorante, obedeciendo en seguida á un prin-

cipio que desconoce hoy por completo.

El mismo espíritu podría influír en el aseo personal por respeto al público, impidiendo el acceso al centro de la población á ciertos grupos de gente desarrapada, cuya desnudez y desaseo son en extremo repugnantes, y algunas veces ofensivos al pudor. La mayor parte de esos miserables viven en las plazas y en las calles que convierten en domicilio propio. En el costado Sur del Palacio Nacional duermen, al medio día, familias enteras en un estado repugnante de desnudez y de abandono, rodeados de la basura que arrojan en el tránsito del público.

Hay muchos liberales teóricos que en su loco entusiasmo por nuestras instituciones les han dado á éstas un sentido amplísimo é ilimitado. No faltará, por ejemplo, quien vea en esto de no permitir á la gente convertir la banqueta en comedor y en dormitorio, un ataque á la libertad individual, ó lo tomará tal vez como un arranque de odio aristocrático á los *pobres pelados*. No

es ni uno ni otro. Todo hombre que vive en sociedad tiene deberes que cumplir respecto á ella: este principio engendró el de la libertad individual y el que le puso por límite, el ataque á la libertad agena.

En este punto esencialísimo y primordial, base, no sólo de la vida social, sinó de la educación civil y política, debemos confesar que nuestros pedagogos y nuestros maestros de escuela no han sacado muy buenos discípulos.

El respeto á la libertad agena es la primera é ineludible condición de todo hombre bien educado; y en ninguna parte se echa tanto de ver esa falta de educación como en público, y ningún grupo social se hace tan notable por esa falta como los jóvenes que se están educando en los colegios. Prueba de ello son los exámenes del Conservatorio. Acuden á ellos todas las noches una turba de niños y de jóvenes en cantidad considerable, á presenciar los exámenes de música. Saben esos jóvenes muy bien cuál es el carácter de esos actos públi-

cos, en los que los concurrentes deben abstenerse de toda manifestación, porque no son los jueces sino espectadores.

Que las piezas de música y de canto no tienen por objeto divertir á la concurrencia, sinó probar ante un jurado serio y competente los adelantos de los alumnos. Bastan estas consideraciones para abstenerse de aplaudir ó reprobar; y sin embargo, podría ser disculpable un aplauso espontáneo cuando el caso lo requiera. Pero no es éste siquiera el carácter de los palmoteos que se escuchan en el salón del Conservatorio, ni esas manifestaciones son una señal de aprobación: son por el contrario, el cocorismo de las tandas, en el que, la no oportunidad del aplauso, su tenaz insistencia, el mezclarse con risas, ceceos y gritos, lo convierten en una burla de pésimo gusto que molesta á las señoras y á la concurrencia seria.

En las últimas noches hemos observado que se ha ocurrido á los gendarmes para cuidar el orden, pero tal vez en virtud de instrucciones dictadas con excesiva pruden-

cia, el cocorismo y las inconveniencias del público de niños, han ido en aumento.

Se ve desde luego, en ese género de desórdenes, que los que los cometen, no obstante ser tal vez en su mayoría ese grupo de jóvenes que están recibiendo el inestimable bien de la instrucción de manos del Gobierno de la nación, aspirantes al título de ciudadanos de la República, han descuidado en su primera educación el principio inviolable que hemos enunciado como base de la sociedad, y es el respeto á los derechos agenos.

Muchos habrá que califiquen esos desórdenes de meras «muchachadas» sin trascendencia; pero por lo que á nosotros toca, desearíamos ver en lugar de cócoras, en los teatros y en los salones, un público serio y circunspecto, aun cuando en su mayoría se componga de niños. Deseamos que llegue á ser un hecho el respeto público, porque este respeto emana del principio mas sano, mas moral y mas democrático de toda sociedad bien organizada, y es el de la liber-

tad individual restringida por el derecho ageno.

De este principio bien estudiado y practicado convenientemente, como todo acto que emana de la educación personal, se sigue el respeto á la mujer, tan inherente á toda sociedad culta. Presenta, por lo mismo, un verdadero contraste el espíritu progresista de la educación al bello sexo por parte del gobierno y del profesorado, con los desmanes y faltas de respeto á las señoras por parte de los jovencitos, que no pueden dar sus primeros pasos en la sociedad sin la intervención de los gendarmes.

La policía debe por lo mismo asociarse á la instrucción pública, para plantear de hecho las teorías de una buena educación social, y cuidar extrictamente de su observancia. Para lo cual es preciso que la policía sea decente.

Los maestros de escuela por su parte, si nos lo permiten la Junta de instrucción pública y el Congreso pedagógico, deben inculcar, preferentemente en los niños, estos

principios en que se apoya la educación social, haciéndoseles comprender y practicar en todos los actos de la escuela, y aplicarlos á todos los demás en que se trate de su contacto con la sociedad.

Todos los que nos proponemos estudiar las cuestiones sociales, y aún las personas menos observadoras, notamos de relieve, y sin necesidad de mucho, como rasgos distintivos de nuestro pueblo, la informalidad, la pereza y la falta de respeto público: y estos rasgos no son precisamente obra de la raza, sino diferencias de la educación.

Todo hombre que se educa para vivir en sociedad debe tener un conocimiento exactísimo del grado de libertad personal de que puede hacer uso, y de los deberes que tiene que cumplir respecto á sus semejantes. Sin esta base, la instrucción en otras materias no hace más que formar léperos instruídos ó personas que tendrán que aprender de boca de los gendarmes lo que no pudieron aprender en la escuela; que estarán expuestas al desprecio público y á cometer

groserías y malas acciones, más por ignorancia que por mala intención.

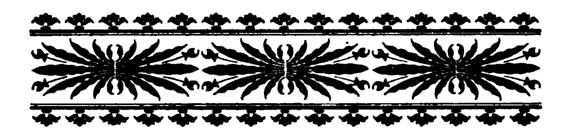
Por eso creemos que son más punibles las faltas de respeto público en los jóvenes alumnos de los colegios que en el pueblo bajo é ignorante. Cualquiera que observe el aspecto general del pueblo, cuando se reune con cualquier motivo de fiesta ó diversión pública, conoce la clase de público de que se trata, por las percepciones de la vista, del olfato y del oído. Una avalancha de color claro, pero turbio como el río de Cuautitlan, es una masa de pueblo que apesta y que silba; sobre todo esto último. La salida de los toros y la de la gente de las galerías de los teatros está caracterizada por diálogos de silbidos ó «reclamos» de «vale» á «vale» que se buscan entre la multitud y por los gritos de los vendedores de golosinas. En una masa de gente en que predomina el negro y los colores oscuros hay por supuesto carencia total de silbidos, y esta había sido hasta aquí una regla general. Pero forman la excepción los niños decentes que

se han constituído en público forzoso de los exámenes del Conservatorio, y en la misma puerta del salón y en los corredores del edificio se dirigen tambien el «reclamo» de los léperos por medio de silbidos, sin miramiento de ninguna clase á las señoras y personas respetables de la reunión.

La educación del sentido común, debe, pues, formar parte integrante de la instrucción primaria, y tenerse presente en la formación de los reglamentos de policía.




LA CARNE



LA CARNE.

Cuando el alimento, que es la fuente del organismo material, no se suministra en la cantidad necesaria, la nutrición es incompleta, los órganos se empobrecen, las fuerzas se debilitan y se entorpecen todas las funciones del cuerpo. Faltando la energía muscular, el vigor mental amengua; y el individuo, en tales condiciones, ofrece una marcada tendencia á las enfermedades.

La insuficiencia de alimentación en los niños, se opone á su desarrollo, y es la causa de las enfermedades crónicas. En los

adultos es orígen de apetitos depravados y de perversidad moral; por eso afirman los higienistas, que el hambre ha hecho más revoluciones que la ambición; y hé aquí, por otra parte, sobre qué sólidos fundamentos se apoya el derecho que el hombre tiene al trabajo y al alimento.

Uno de los problemas mas difíciles de controvertir, es el de que la cantidad y calidad del alimento que cada individuo necesita para conservarse en el pleno vigor de sus funciones vitales, no depende de la necesidad fisiológica, sinó de los recursos con que cuenta y de su ignorancia, por desgracia muy generalizada, de los rudimentos higiénicos y fisiológicos indispensables para comprender este mandato imperioso de nuestra pobre condición humana, muy especialmente cuando nos ha tocado en suerte venir á poblar esta antigua Tenoxtitlan, que aztecas y regidores han convertido en la cloaca mas pestilente y malsana de cuantas comarcas semicivilizadas existen en la tierra.

Tras de las pésimas condiciones higiénicas de nuestra vanidosa ciudad, y sobre las que sería larguísimo extenderse, vienen las pésimas condiciones del abasto de nuestros mercados, agravadas hoy con la crísis de la nueva moneda; pero aún sin esta agravación, el abasto obedece y ha obedecido sólo al espíritu mezquino del comercio fraccionado, cuyos intereses se restringen á ciertos límites de una especulación transitoria.

El comercio de abasto de comestibles de un gran centro de población, entraña cuestiones de un interés trascendentalísimo, que incumben á la administración pública, á la que toca resolver en conjunto y con mira previsora y filosófica, las cuestiones que han de influír directamente en la salud pública, y en el mejoramiento físico y moral de las gentes.

Tomando como base de la alimentación la carne, veremos cuánto deja que desear nuestro actual sistema de abasto, cuánto se puede hacer en el particular para mejo-

rarlo, y hasta dónde ha llegado su perfección en otros países.

La carne, como alimento, presenta las ventajas de contener gran cantidad de materia azoada, grasa y varias sales importantes para la nutrición; contiene, pues, muchas partes nutritivas en forma concentrada, circunstancia que le hace de fácil digestión, como alimento asimilable, cuando está cocinada convenientemente. Pero así como la carne fresca de animales sanos y en las mejores condiciones de vida, convenientemente preparada, constituye el alimento por excelencia, las malas carnes, mal preparadas producen malísimos efectos en la economía animal.

La fertilidad de nuestros pastos en varios puntos de la República proporciona fácilmente buenos ganados, destinados por sus negras desdichas, y las nuestras, al abasto de la cenagosa capital de la República; y tras de una dolorosa peregrinación de muchos días, mal comidas y peor tratadas, llegan las mejores reses á los pantanos de

nuestros alrededores, á enflaquecer y á contraer enfermedades para entrar, «en canal,» á los mercados so pretexto de alimentar á los cioróticos, á los gastrálgicos y á los raquíticos. Y por si las malas condiciones de la carne no fueran de por sí una calamidad dolorosísima, el níquel la amengua, y la cocinera mexicana, que sabe poco en achaques de materia azoada, la esprime á golpes para convertirla en una oblea de fibrina reseca, y que no acertando con el nombre inglés (en lo cual hace bien) le llama «misteque»

Con estos «misteques» se alimentan las nueve décimas partes de esta población, creyendo de buena fé que se nutren.

Este alimento engañoso, caro, desagradable é insuficiente, prepara los estómagos, con menoscabo del desarrollo del indivíduo, para todo género de enfermedades.

Pocas relativamente son las personas ilustradas y pudientes que hacen consumo del verdadero «beefsteak;» el resto vive engañado respecto á la cantidad de elementos

reparadores que su economía necesita, y pagan, sin saberlo, un tributo ignorado á la mortalidad y á la decadencia de la raza.

Cuando un mexicano va á Nueva York, le llama la atención entre las cosas nuevas que ve, propias de los yankees, leer en el menú de las grandes fondas el siguiente renglón:

BEEFSTEAKS.

«Grand chateaubriand extra» (para una persona) $ 4'50.

Lo primero que nos ocurre, es que no debe haber muchos que paguen $ 4'50 por un beefsteak; y cual más, cual menos, todos calificamos de abuso nunca visto el cobrar semejante cantidad por un pedazo de carne, y pasamos á ocuparnos de otro asunto.

Pero si pretendemos analizar la cuestión se abre entonces para nosotros un horizonte enteramente desconocido. Comenzamos por enterarnos de los esfuerzos y trabajos que los ganaderos han empleado durante

largos años para mejorar la raza bovina, cruzando las razas y estudiando las condiciones necesarias al desarrollo de los individuos hasta obtener un resultado en extremo satisfactorio. De la carne destinada al mercado, se sabe que el músculo interior del lomo, que en términos de cocina se llama filete, es la parte mas exquisita por ser la mas tierna, en virtud de ser un músculo interno, la mas homogénea en sus tejidos, y la mas suculenta no solo por su gusto exquisito sino por sus condiciones nutritivas.

Estas condiciones la constituyen la parte mas codiciada y, por consecuencia, la mas cara, sin comparación ni equivalente en las demás partes del cuerpo de la res.

Los ganaderos, con la mira de llenar las exigencias, no solo del mercado sino de la mas refinada gastronomía, se propusieron como cuestión de mejoramiento de la raza, la de la forma ó estampa del animal; y como el músculo de que hemos hablado, ó sea filete, es la parte contenida en el ángulo formado por la vértebra y la costilla, com-

prendieron que la forma del lomo de la res determinaría que dicho ángulo fuese más ó menos obtuso. Efectivamente los ejemplares de las razas mejoradas en los últimos años, son ya reses cuyo lomo, casi plano, ha abierto el ángulo que contiene el músculo deseado, y los filetes de buey han llegado á tener doble diámetro que los de las reses comunes.

Los trabajos empleados en ese mejoramiento y el excesivo costo de las crías destinadas á la propagación del nuevo tipo es lo que ha hecho subir el precio de los filetes de buey, merced á su creciente demanda en las mesas de los gastrónomos, hasta la cantidad de $ 4'50.

Ya se deja entender que las reses destinadas á la matanza, nutridas, alimentadas y cuidadas con todo el esmero que especulación semejante requiere, proporcionan el alimento mas rico y nutritivo que pueda desear el hombre.

Estas consideracionen ponen de manifiesto la importancia en el mejoramiento de la

cría, engorda y conducción de nuestros ganados, cuya mala calidad es notoria, y tiene no poca parte en la falta de alimentación de los desgraciados habitantes de la capital.

Hay desde luego varios medios que pueden ponerse en práctica para conseguir aquel objeto y son:

La asociación de los ganaderos bajo la protección del ministerio de Fomento organizándose convenientemente para promover la importación de las nuevas razas, su aclimatación y su cría en los paninos mas propicios para la ganadería en la República; la introducción de nuevos pastos para la engorda; las exposiciones periódicas y públicas para exhibir las crías, la institución de buenos premios para estímulo; los depósitos ó corrales de ganado en preparación y engorda para los mercados de las ciudades; la mejora de las casas de matanza, con reglamentación de acuerdo con las prescripciones de la higiene, la conservación de las carnes muertas en los mercados durante el verano etc., etc.

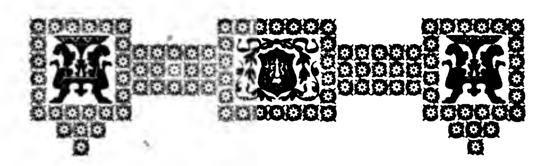
Tomar en consideración la cuestión de ganadería es una exigencia apremiante del estado precario y pernicioso de nuestro mercado de carnes, provisto por los ganaderos aislados que buscan un lucro por de pronto, y son bien agenos á los intereses de la higiene y la salud pública.

Ligar estos intereses vitales con los de los comerciantes en carnes debía ser el objeto del ministerio de Fomento al promover la asociación de ganaderos.

A medida que aumenta la demanda de carne en proporción del aumento de población de la capital, van viniendo al matadero las peores reses, que con el viaje y la estancia en los pantanos de los alrededores, prestan el nocivo y pobre contingente de alimento animal que empeora la triste condición de estos mal nutridos habitantes.




EL EGOISMO.



EL EGOÍSMO.

DE todos los caracteres que figuran en la gran comedia humana muy pocos hay tan notables como el del egoísta. Todos los actores entramos en este gran escenario trayendo tres géneros de necesidades: las necesidades físicas, las necesidades intelectuales y las necesidades afectivas. Ansiosos por satisfacerlas, nos anima el convencimiento de que tenemos el derecho, nacido de nuestro libre albedrío; entramos en escena y encontramos que si bien es incuestionable el dere-

cho á satisfacer aquellas necesidades, ese derecho implica necesariamente un deber. Y aquí es donde la satisfacción de las necesidades y el ejercicio de los derechos empiezan á ser un asunto de no tan fácil solución; aquí es donde nacen el trabajo, la perseverancia, la abnegación, la heroicidad y el sacrificio; y en este mismo punto precisamente es donde brota el egoísta.

El empresario de nuestro teatro, que ni por las mientes nos pasaría compararlo con Moreno, tiene una ley inmutable y eterna para todos sus actores; tan inmutable y tan ineludible, que los egoístas, con todo y serlo, entran por el aro, pasan por las horcas caudinas de la necesidad, y por más que se regocijen de haber sido los defraudadores de la suprema ley, al terminar su contrata el sepulcro, se sorprenden de encontrar la balanza nivelada porque en el platillo de los deberes defraudados, la eterna justicia ha completado el peso con el hastío del defraudador y la befa de las gentes.

El egoísta cree haber venido á este mun-

do con la piedra filosofal en el bolsillo; tiene cierto airecillo de suficiencia, y está seguro de ser mas feliz que otros muchos.

Tengo un conocido que si no es el tipo mas acabado que pudiera yo escoger, para retratarlo en este artículo, pertenece por lo menos al gremio y ocupa en él uno de los primeros lugares.

Se llama.... pero sería una temeridad decir su nombre y á la vez un poco aventurado el cambiárselo, porque resultaría un saco que necesariamente habría de venirle á álguien. Le llamaremos don H.

Don H. estaba ayer sentado en una de las bancas de hierro del jardin del Zócalo; y, como siempre, estaba solo. Va allí generalmente cuando hay música.

—Aquí me tiene usted, dice, oyendo la música del octavo. La aprovecho siempre que se puede, y en eso me parece que no hago más que usar de un derecho legítimo que nadie puede disputarme.

—Por de contado.

—Lo que me sorprende es cómo hay tan

poca gente, cuando lo natural era que cada cual viniera á aprovechar esta ocasión de oír música de balde. Pues señor, si esta música está aquí nada más que para solaz del público, el público debe acudir á divertirse; pero las gentes son tan extrañas, que prefieren ir á pagar por oír la música en el teatro.

—Tiene usted razón, es una rareza. Y usted, ¿viene siempre solo?

—Sí, señor. Ya sabe usted mis máximas: el buey sólo bien se lame, y vale más solo que mal acompañado. Yo estoy habituado á la soledad, y así me vá mejor.

—¿No tiene usted familia?

—¡Ah! sí señor, por supuesto que tengo familia; pero como si no la tuviera. Figúrese usted que desde muy joven empecé á tener disgustos en la casa. Que si estudias, que si no estudias, que si vienes tarde, que si vienes temprano, y reprimenda á todas horas; y eso sin contar con que todos se empeñaron en que les había yo de servir para algo. Mi padre, con pretexto de que

me mantenía y de que ya era yo grande, me sentaba á escribir. Y ¡qué cartas! de á cuatro pliegos; y luego.... sería muy largo de contar. Para no cansar á usted, me vine á México desde muy joven.

—¿No se ha casado usted?

—¡Quiá! no señor. ¿Casaca? ¡pues no faltaba más! No, amigo; eso del matrimonio tiene cuatro bemoles. Deme usted, sinó, un matrimonio verdaderamente feliz.

—Hay muchos.

—En la apariencia; pero si va usted á averiguarlo....

—Tal vez entonces sea usted muy dado á la política.

—¡Política! No me hable usted de política, yo estoy reñido á muerte con la política; es cosa que no leo los periódicos.

—Quiere decir que no sabe usted lo que pasa.

—¡Ah! sí, señor, cómo no: le cuentan á uno.... Tengo un vecino, el del cuarto inmediato al mío en el hotel, y él me dice lo que pasa.

—Entonces, se dedicará usted á los estudios.

—Nó, ¡qué estudios! Quién me mete á mí en camisa de once varas.

—¡Cómo!

—No le negaré á usted que me gusta de vez en cuando leer algún libro bueno; pero se necesita que sea un libro de esos muy buenos que hay. ¿No le parece á usted? Ya que uno lee, que siquiera sea alguna cosa de provecho, como por ejemplo.... el «Viaje á Oriente,» de Lamartine, «Matilde ó las Cruzadas».... en fin, de esos libros antiguos.... ¿Me comprende usted? Hoy es necesario ser muy cauto para los libros; porque corren por esas librerías unos mamarrachos, y sobre todo, obras tan heréticas.... que vea usted, un amigo mío se perdió por eso; hoy está hecho un libre pensador. Ya ni nos hablamos. No, amigo, esto de perder uno sus creencias...

—Es usted católico?

—Por supuesto.

—Será usted dado á las muchachas para entretener el tiempo.

—Vea usted ya no.... allá en mis mocedades no le negaré á usted que tuve mis quebraderos de cabeza; pero desde que me voy haciendo viejo.... Le aseguro á usted que no hay cosa que se pague mas cara. Siempre le trae á uno disgustos. Las mujeres, amigo, las mujeres!.... Yo las conozco al palmo, le dán á usted carita, lo explotan á su satisfacción y á la mejor.... No, amigo, yo ya tengo los colmillos grandes.... me comprende usted?

—Perfectamente. ¿Entonces qué hace usted?

—Ya lo ve usted, vegetar: oigo la música del 8.º, doy mi paseíto todas las tardes, á pié, por supuesto, por la calzada de la Reforma; porque el ejercicio es una cosa necesaria para la salud; como en mi fonda de hace muchos años, en el mismo lugar, después me voy al billar.

—¡Ah, es usted jugador!

—¡Quiá! no señor. ¡Jugar! Yo soy hombre práctico, me divierto con los jugadores, pero yo no juego.

—Pero al menos pertenecerá usted á algunas asociaciones.

—¡Asociaciones en México! ¡Vaya usted á ver! ¡Asociaciones! Ya veo que empieza usted á vivir. No señor, yo ya sé lo que son asociaciones; *sacaliñas* y nada más, y nada de provecho. Si quieres tener dinero, ténlo.

—Dará usted entonces algunas limosnas.

—¡Limosnas! ¡limosnas á los pordioseros! Yo soy hombre práctico. Hay pordioseros mas ricos que usted y que yo. No doy más limosna que para la misa de doce y cuarto en el sagrario Metropolitano, que es la que oigo siempre, y eso porque conozco al sacristán hace muchos años, es incapaz de.... eso sí, es hombre honrado.

—Y esa limosna....

—Refluye en beneficio de la salvación de mi alma, porque eso es lo primero, amigo mío, la salvación del alma y cumplir con los deberes de nuestra santa religión; porque, eso sí, todos tenemos deberes que cumplir en este mundo. A mi edad, ya no

se piensa como en la de usted, amigo mío, ya se piensa de una manera muy sólida.

—Quiere decir, que en lo concerniente á la religión es usted un hombre que....

—Oh, eso sí, por supuesto. Vea usted, yo cumplo: voy al jubileo, especialmente cuando hay cosa de música, porque ya sabe usted que la música me encanta, y siempre que se trata de fiesta religiosa, allá estoy, tomo mi banca, y á gozar, místicamente, me comprende usted?

—Ah, sí, perfectamente. En fin, como es usted rico....

—Rico, no, precisamente. Tengo mis medios, gracias á Dios.

—¿Y no se disminuyen?

—¡Ah! no señor. Yo soy hombre práctico. Hago mis negocitos, seguros, por supuesto, sobre hipoteca, ó sobre buenas firmas, sí, señor.

Éste es don H. Pero don H. no está sólo por más que así se le encuentre en el Zócalo, en las bancas de los billares de Iturbide, ó en el paseo de la Reforma. Don H. está

en todas partes, entra en todas partes, escala el poder, y cuando está allí, sigue viendo por la salvación de su alma, antes que ver por la de los demás; se divierte de balde y hace sus negocitos, seguros por supuesto, y no cree ni en la política, ni en la virtud, ni en la miseria, ni lee periódicos, porque su vecino, el del cuarto del hotel, le cuenta lo que pasa.

Cuando á don H. se le busca en la sociedad, se ve que no hace visitas, que no ve más que á los que necesita, que deja relajar los vínculos sociales, deja rodar el mundo, porque, como hombre práctico, no cree en la amistad, ni en el amor, ni en la abnegación, ni en el sacrificio. Don H. tiene los colmillos muy grandes. Me comprenden ustedes?

Y cuando don H. está en el comercio se le oye exclamar: El buey sólo bien se lame. Asociaciones? ¿Asociarme yo para el comercio? Si no se puede usted fiar ni de la señora que le dió el sér. ¡Bonitos los comerciantes para andarnos con compañías! Toda compañía quiebra. ¡La asociación del capital! ¡Vaya usted á ver! eso está bueno

para los yankees, que hasta para hacer bola para el calzado forman compañías. Pero entre nosotros? ¡qué disparate! Cada uno con su poquito para ir pasando el día como se pueda, y con la ayuda de Dios, que puede más que nadie.

Y finalmente, cuando á don H. se le busca en familia, se le vé de marido solo por todas partes, en todos los teatros, mientras la mamá lava á los niños, que son muchos, desgraciadamente; se le ve de hijo de familia, en el billar y en la cantina, corriendo de su cuenta, porque su casa es tan triste, y luego hay enfermos.... y miseria.... y disgustos domésticos.

Don H. vive sólo para vivir bien; porque el buey sólo bien se lame; pero cuando en una familia, en una sociedad y en una nación se entroniza don H. y todo se hace á su gusto, se acaban la familia y la sociedad; y en cuanto á la nación, necesita para salvarse de don H.... muchas generaciones de héroes.


DOS MILLONES DE PESOS.



DOS MILLONES DE PESOS.

Si el ayuntamiento de 1884 no termina en el presente mes un plan de hacienda que dé por resultado triplicar los ingresos municipales, la nueva corporación no habrá hecho más que heredar la situación de su antecesor, agravada por las crecientes exigencias de la ciudad. Será el blanco de la prensa y habrá de desesperarse entre su impotencia y las quejas del público. No es envidiable, por lo tanto, el purgatorio de doce meses á que la situación de la ciudad condena á los nuevos regidores.

A ese paso la ciudad y la riqueza de sus habitantes están en abierta pugna; y siempre que le pasa por las mientes á algún financiero proponer una nueva contribución, la prensa, el «Monitor» in capite, pone el grito en el cielo; los legisladores tiemblan ante el mónstruo apocalíptico formado de párrafos y exclamaciones, y los planes de hacienda se echan á dormir. El ayuntamiento hace pininos para ver cómo se para sólo, pero los Bancos lo conocen al palmo y acaban por no entenderse.

Entretanto, el polvo crece, y mármoles, estátuas, jardines, arbolados y monumentos se visten con una capa cenicienta como en las primeras horas de la destrucción de Pompeya. Los charcos de agua corrompida asumen un carácter geográfico; pasan del estado de emergencia al estado crónico; ya no se puede transitar por ciertas calles sin el pañuelo en las narices, ni se puede andar por otras sinó á tientas. Todo el mundo sueña en el lodo para salir del polvo; porque la pobre ciudad no tiene más que dos fases, ó



LOS BARRENDEROS.

polvo ó lodo. La avenida de los Hombres Ilustres, que es la mas transitada por bestias de todas clases, está en peor estado que los antiguos caminos al interior de la República; las pocas piedras que quedan, desaparecen bajo los médanos de polvo, que el viento se encarga de llevar á las habitaciones, á los vestidos, á los ojos, á la boca, á los árboles, á las estátuas, á las golosinas, á los comestibles y á todas partes.

No cabe la gente en los mercados, y se apodera de las calles adyacentes, y viven y comen y hacen otras cosas, y pernoctan en ellas sobre la basura, á la hora en que el teatro de la ópera está resplandeciente de brillantes, encajes y sedas. Hasta las losas de las banquetas desaparecen bajo capas de polvo, porque los barrenderos, si los hay, se ocupan ya solo en quitar lo gordo. Las arañas se apoderan de Palacio y de otros edificios públicos, y les pintan á su sabor las arrugas de la senectud y las señales de la incuria. El pueblo se enteca, se inficiona en pocilgas inmundas, para pedir camas en

los hospitales y fosas en los panteones; vive sucio, empiojado y hambriento, incrustado en la ciudad de los palacios y de los ricos-homes; y cuando suele lavarse busca las acequias cenagosas de los suburbios, y moja sus harapos en los charcos, mientras los ricos dejan correr el agua de sus mercedes y de sus pozos artesianos.

La ciudad ha duplicado su población y su propiedad raíz; y su población flotante, merced á los ferrocarriles, ha aumentado en diez años en la proporción de uno á diez. El capital representado por la gente acomodada de la capital, puede, ámpliamente, sin gravamen y menoscabo, subvenir á un impuesto municipal capaz de duplicar los ingresos del ayuntamiento.

Desde luego resulta un hecho palpable en el modo de ser de la capital que, sin recurrir al pormenor de la estadística, presenta al hacendista ancho campo para sus cálculos.

I. Populacho miserable que demanda socorro y protección.

II. Comercio de licores embriagantes en todo el auge de su preponderancia, y tomando creces cada día.

III. Los precios ínfimos, de plaza y mostrador, poniendo la embriaguez al alcance de los pobres y de los hijos de familia.

IV. El vicio de la embriaguez arrebatando á las familias y á las carreras profesionales á jóvenes imberbes, aumentando las afecciones del hígado, la estadística alcohólica y propagando el raquitismo de la prole, y llenando las cárceles y los hospitales con los criminales y heridos en riña de borrachos.

Junto á este cuadro, la moral, la filantropía y el sentido común colocarían este otro como

PRIMER ARBITRIO MUNICIPAL.

I. Cincuenta centavos de contribución municipal á cada botella que contenga licores embriagantes del país, especialmente chinguirito y mescal.

II. Un peso de contribución municipal á cada botella que contenga licores embriagantes extranjeros, principalmente cognac, ajenjo, ginebra, wiskey, catalán, kirsch, rom, etc.

III. Aumento de contribución á las cantinas, por orden de categoría y ubicación.

El reglamento de la ley respectiva debe no olvidar los puntos siguientes:

Toda cantina debe sostener en perfecto estado de aseo un mingitorio para el público.

Tener persianas y canceles que determinen claramente, ante la sociedad honrada, que la embriaguez es un vicio vergonzoso, y que los que toman copas, aun cuando no se embriaguen, deben ocultarse de los transeuntes, de las señoras y de los niños.

Todo expendedor de pulque y de licores que venda una copa á un hombre ya en estado de embriaguez, pagará una multa de cinco á cincuenta pesos.

Habrá un departamento en la carcel pa-

ra borrachos reincidentes, sujetos á un sistema de curación en que se emplee el tratamiento hidroterápico, los antialcohólicos, el ejercicio corporal y el trabajo como medio curativo.

El ayuntamiento tendrá á su disposición una gendarmería inspectora especial, numerosa y bien retribuída, interesada en los denuncios y multas, para hacer efectiva la contribución y eficaz la vigilancia.

Iniciará una reforma en la legislación, que consista en declarar, que la embriaguez en los delitos no es falta atenuante sinó agravante.

Duplicar las penas, castigos y multas á los borrachos.

SEGUNDO ARBITRIO MUNICIPAL.

Cuadro:

I. Trescientos mil habitantes echando humo por la boca, de día y de noche.

II. La industria del cigarrero en todo el auge de su preponderancia.

III. El precio ínfimo de los cigarros y de los cerillos, poniendo el vicio de fumar al alcance de todas las fortunas y de los niños.

CONTRIBUCIÓN MUNICIPAL.

I. Cada cajetilla de cigarros pagará un centavo al ayuntamiento, cada puro un centavo: cigarros habanos cinco centavos, puros, cinco centavos.

II. Cada cuatro cajas de cerillos de á un centavo pagarán un centavo al ayuntamiento.

Si los cincuenta centavos ó el peso de cada botella que se destape en la capital y el centavo de los cigarros y los cerillos que se queman, no bastaran al ayuntamiento para salir de pobre, puede dirigir una mirada tierna al colosal movimiento de la usura en esta capital, y pensar en que el Sacro y Nacional Monte de Piedad de ánimas y todos los empeños de su alrededor podrán ser muy sacros, muy piadosos y

muy benéficos; pero el hecho es que el pueblo se queda sin camisa y el Montepío y los empeños se tornan poderosos.

¡Qué mucho que ese Sacro Monte, que ha sido usurero de escapulario por tantos años, para ser hoy usurero de guante blanco, con un palacio sucursal en cada esquina, y que á los nombres de ánimas y sacro, y nacional sustituye el título moderno de banquero elegante y solvente; qué mucho decíamos, que tan encopetada entidad, á quien el desbarajuste hereditario y recalcitrante de los habitantes de todas clases de esta capital han elevado, sin sospecharlo siquiera; qué mucho, repetimos, que en descargo de su conciencia le ayudara al pobre ayuntamiento con una contribución proporcionada á su prosperidad y á su grandeza!

Por otra parte, los acaudalados que viven en esta capital, no pagan contribución por sus bienes en la proporción en que la pagan los ricos de New York.

Nada mas natural ni mas justo que el

excedente de la riqueza privada, cuyo origen es el sudor del pobre, dé la vuelta pasando por las horcas caudinas del municipio, para redundar en bien de los pobres, y en solaz y confort de los ricos, siquiera para que les quiten el polvo de las narices y les hagan calzadas para sus carruajes.

Nada mas justo y mas natural que hacer pagar al borracho de levita dos reales por una copa, y que subir á seis y medio reales el precio de una botella de chinguirito, que es dósis suficiente para envenenar dos cargadores.

Qué resultará de semejante alza de precios? que el pobre, ó no se emborracha, ó trabaja más, y las dos cosas son una ventaja.

En cuanto á los ricos, lo mismo les importará dar un peso por un cero ó una X más en una botella de cognac que por un timbre municipal. De todos modos, esos miles de pesos que circulan en las cantinas diariamente, sin más destino que el culto á

Baco y la prosperidad de los propagadores del vicio, dará la vuelta pasando por las arcas municipales, para purificar el aire de México, haciendo la guerra á los borrachos y al tifo á un mismo tiempo.

Y ese otro montón de miles de pesos que esta bendita capital se encarga de convertir en humo de tabaco y de fósforo, ¿qué más dá que antes de escaparse al espacio infinito, donde no es sentido ni agradecido, deje un buen contingente al pobre municipio, para curar heridos y mejorar el gas y barrer las calles?

Qué mal puede resultar? que los fumadores fumen menos, ó gasten más. Pues ambas cosas son una ventaja.

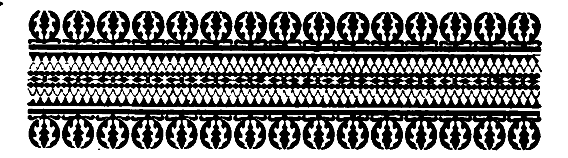
Los cigarros, los fósforos, los licores, la usura y la riqueza privada, no cuotizada, son fuentes sobradas para proporcionar á nuestro Ayuntamiento otros dos millones de pesos al año.

La ciudad los necesita, y, ó se gastan para salvarla, ó su lamentable estado de decadencia y de ruína la irá haciendo cada día

más inhabitable, rechazará, por ser mal sana y sucia, la inmigración extranjera, y la población flotante, hasta que una epidemia ó una inundación la asolen por completo.




SUBSIDIO EXTRAORDINARIO



SUBSIDIO EXTRAORDINARIO.

HACE algunos años que en todos los tonos, con los mas numerosos cambiantes, en estilo didáctico unas veces, en son de editorial otras, con sabor de gacetilla las más, como epígramas repetidamente, como consejo, como advertencia, como denuncia y como ritornelo, la prensa de México está llenando sus columnas con las repetidas é inveteradas faltas de policía, de ornato, de aseo y de higiene públicas, en una palabra, con la insuficiencia probada y manifiesta del poder municipal.

Este viento reinante de la capital, levanta como el N. E., grandes nubes de polvo que caen sobre las estátuas, sobre el ayuntamiento y sobre sus expedientes, hasta que se modera un tanto cuando se propala el rumor de un empréstito; porque está en la mente del público la imperiosísima necesidad de aumentar considerablemente los fondos municipales á fin de socorrer á esta desdichada ciudad, cuyo desaseo é insalubridad adquieren cada día una celebridad funesta.

La actual corporación vuelve á girar dentro del limitado círculo de su antecesora, y al ver que no está en su mano repetir el milagro de los cinco panes, se resuelve á ejercer sus funciones ordinarias, como se pueda, hasta que el ayuntamiento de 1885 venga á sacarla de su purgatorio.

Desvanecida la esperanza de un empréstito, y con esa esperanza la del insuficiente paliativo que el empréstito realizado proporcionaría, vuelven á quedar en pié y sin solución todas las cuestiones hacendarias

que son nuestra única esperanza de salvación.

Si la ciudad de México no quiere seguir siendo el lunar de las capitales del mundo civilizado, debe hacer un esfuerzo supremo y decisivo, para salir del estado de postración, abatimiento y ruína en que se encuentra sumergida; y debe hacer este esfuerzo, ya no sólo movida por espíritu de progreso y por decoro nacional, sinó por un deber de humanidad y por el instinto de la propia conservación.

Los fondos municipales, son é irán siendo cada día mas insuficientes ya no solo para emprender las muchísimas obras que demanda la ciudad, sinó para sufragar los gastos de simple conservación. Con la población ha aumentado el tráfico, y con el tráfico el deterioro de los pavimentos que van en su totalidad á la completa ruína. De manera que cada día de uso y deterioro aumenta progresivamente la enorme cifra de lo que se necesitará más tarde para su completa reposición.

En este estado de cosas las obras de ornato y los paseos públicos presentan un aspecto deplorable y ridículo que nos atrae la burla de los extranjeros; y las pésimas condiciones de salubridad, aumentando cada día, llenan de luto á la población, en la que la numerosa y creciente falange de los deudos, dirige, entre sus lágrimas, miradas de rencor y de odio á los encargados de la salud pública.

Hay muchas personas que creen que éste es un mal sin remedio, que en virtud de circunstancias excepcionales la ciudad de México es, y seguirá siendo la capital mas pobre del mundo, á menos que los regidores tengan un día la fortuna de encontrarse un tesoro de cien millones de pesos á flor de tierra.

Cuando se piensa en todos los males que aquejan á esta desventurada ciudad, se encuentra como única solución pedir dos millones de pesos ¡dos millones! cuando si se tratara de un presupuesto digno de esta ciudad, y de la cultura de sus habitantes, debía exceder de cien millones!

Hemos llegado, pues, á este deplorable estado de cosas, cuya causa principal, aunque entre otras muchas, es la falta de estadística. Si un día surgiera ésta de entre los abusos y las rutinas y el «statu quo» de nuestras cosas, nos asombraría contemplar el inmenso cuadro de elementos desconocidos, y por lo tanto no explotados, en beneficio de la ciudad. La estadística nos mostraría claramente una escandalosa desproporción en los impuestos, un capital ignorado hasta ahora y segregado del contingente que soportaría en cualquiera nación bien organizada.

Las necesidades graves y apremiantes de la ciudad tienen que satisfacerse, porque así lo demandan la conciencia, la moral, la salud pública y la civilización; y en el deber imprescindible de satisfacerlas, no es la rutinaria corporación municipal, con sus mezquinos recursos, la que puede hacerlo; no es el pueblo menesteroso el que va á erogar los gastos, sinó el capital privado oculto y sin el gravámen correspondiente á su

monto y al apremio y gravedad de la situación.

Un principio de justicia, de equidad, de patriotismo y de buena administración, exije que: siendo la capital el centro de la civilización, cultura y progreso del país, la contribución municipal se haga extensiva á todos los bienes muebles é inmuebles de los indivíduos residentes en México, ya sea que esos bienes estén dentro de los límites del Distrito Federal ó ubicados en los Estados de la Federación. El propietario de una fortuna que tiene derecho de elegir como punto de su residencia el centro mas civilizado del país, debe cooperar con una parte proporcional de su fortuna para que en cambio de los empedrados, calzadas y paseos que se construyan, para proporcionar uniforme y regular movimiento á las ruedas de sus carruajes, proporcione él á su vez, por medio de ese justísimo impuesto á su capital, el desagüe de la ciudad, el saneamiento de los barrios infectos, la corriente fácil de los desechos, la provisión de agua

potable, la supresión de las pipas de noche, de los aguadores y de los tipos asquerosos de la plebe; la comodidad y aseo en los mercados públicos, los dormitorios para los infelices, la higiene de las casas de vecindad, la construcción de habitaciones modernas y sanas para los pobres, los baños y lavaderos públicos y gratis para el pueblo, los parques y paseos para solaz y recreo de todas las clases, el servicio perfecto de bomberos, el mejoramiento de la policía, el plantío de arboledas, las reforma de las prisiones, el mejor servicio de los hospitales y la prodigalidad en los gastos relativos á la instrucción pública.

El capitalista que en proporción á sus propiedades coopere con la cantidad mensual de cincuenta, cien, quinientos, mil y más pesos para tal objeto, no habrá hecho más de lo que hacen los ricos en otros países mejor organizados, y es devolver á la circulación una parte de su capital, que después de derramar bienes positivos entre las clases inferiores, vuelve, y con creces,

á su origen, en el movimiento progresivo de una ciudad que crece y se mejora, que atrae á su centro á todos los pueblos circunvecinos, con el imán de su cultura y con los atractivos de sus adelantos, que se liga con las poblaciones lejanas para centuplicar su población flotante, y que vendría á ser para la República lo que es París para las demás naciones. El movimiento del capital, por oneroso que se juzgara al principio un impuesto excepcional y pingüe á favor de la ciudad, imprimiría una marcha nueva al comercio y á todas las empresas; abriría una era de prosperidad y de bienestar social, de que carecemos hoy absolutamente, ocupando muchos miles de obreros que en su demanda, fundarían la colonización por los medios mas prácticos y mas sencillos que se conocen: y esta nueva faz de México determinaría, sin duda alguna, por la evolución precisa de los sucesos, una prosperidad de que los grandes contribuyentes serían los primeros en aprovecharse.

Ante el cuadro desgarrador de las necesidades apremiantes de la capital y ante el prospecto de mejoras que implicarían un progreso positivo, los habitantes de esta ciudad necesitaríamos todos tocar el último límite del egoísmo y hacernos indignos de toda cultura, si repugnásemos un impuesto municipal extraordinario, proporcional tanto á las necesidades públicas como á los recursos individuales.

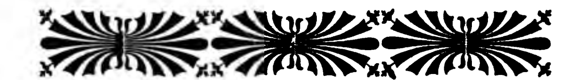
Y si saliendo de la rutina y del empleo de medios ineficaces y gastados, se le diera al nuevo subsidio municipal una forma bancaria, de emisión forzosa, en proporciones convenientes para que la masa del capital se ensanchara con las conocidas y seguras operaciones del crédito, resultaría: Primero, que el sacrificio personal de los contribuyentes, lejos de constituír un fondo más ó menos dilapidable y de definitiva inversión, se convertiría en un valor redimible con una parte de sus réditos. Segundo: Que el alto carácter que asumiría un banco poderoso crearía una entidad respetable entre el contribuyen-

te tenedor de acciones y la inversión legal del fondo, encargada á una corporación que se renueva en su totalidad anualmente, y sería esto, á la vez, el mejor principio para llegar á fundar la independencia del municipio. Tercero: Que la estabilidad del Banco, por una parte, constituyendo un fondo permanente, y las rentas municipales ordinarias por otro, que representan un capital nominal, hoy sin crédito, podían combinarse en beneficio y aumento de ambos fondos.

No sabemos si la buena fé de las anteriores ideas encontrará prosélitos, pero lo que sí está fuera de toda duda, es, que el vientecillo reinante de que hablamos al principio volverá á arrojar sus espesas nubes de polvo sobre las estátuas del Zócalo, sobre el ayuntamiento y sobre el presente artículo.




LOS COOK-TAILS



LOS COOK-TAILS.

Debe haber una causa primordial desconocida, pero poderosa, en la evolución de la humanidad, que explique el incremento que en las sociedades modernas ha llegado á tomar la pasión por las bebidas alcohólicas. Claro es que este incremento tiene una explicación fácil é inmediata en el perfeccionamiento y progreso de las industrias que se relacionan con la embriaguez y en las nuevas creces del comercio del mundo, merced á la facilidad de las comunicaciones. Pero en el orden moral deben existir también causas morales que van determinando esta nueva faz de las so-

ciedades é imprimiéndoles su carácter distintivo. Desde el espíritu que guía al cenobita á renunciar á los bienes de este mundo, hasta las orgías parisienses, hay que recorrer no solo la distancia de muchos siglos, sino la lenta pero decidida trasformación de las costumbres. A medida que el mundo adelanta, las sociedades se ponen de fiesta, y la fiesta moderna está invariablemente ligada por multitud de puntos de contacto con la embriaguez, ley á la cual no escapa ni la fiesta religiosa, extrictamente sobria por su mismo carácter. La fiesta religiosa, instituída para sustituír las saturnales, ha perdido su brújula, para volver á la saturnal que se verifica alrededor del templo. Saturno, ó la imágen de Nuestra Señora de los Ángeles, como si fueran el mismo númen, dan el mismo contingente á la estadística alcohólica.

Sea cual fuere el punto de vista bajo el cual se considere al borracho, hay que juzgarlo bajo una ley que llamaríamos de las deficiencias.

Fisiológicamente apelaríamos á la deficiencia de los glóbulos rojos de la sangre, á la deficiencia de las sustancias nutritivas y á la deficiencia de oxígeno puro en las habitaciones de los centros de población.

Moralmente, pueden ser aún mas numerosas las deficiencias que de día á día, y hora



por hora, hacen pasar presélitos del estadio de los temperantes al estadio de los borrachos.

La deficiencia del valor y del desprecio al peligro, recurre á alcoholizar la sangre en las venas, y entonces el cobarde le llama á este envenenamiento «darse valor».

La deficiencia de justicia para ejecutar un acto que la conciencia sana rechaza, establece una pugna entre la razón y la pasión. El hombre nombra árbitro al alcohol para dirimir esta contienda y el alcohol decide siempre, como muchos jueces, á favor del mas fuerte, que es la pasión.

El espíritu humano, tan desigualmente distribuído en la larguísima escala de los seres vivientes, coloca á la vanguardia del movimiento moral intelectual una minoría escogida, para dejar atrás y atrás multitudes que, de deficiencia en deficiencia, van á perderse hasta los aborígenes de la humanidad. Claro es que la perfectibilidad moral excluye por completo ese acto atentatorio, ese suicidio cobarde de la embriaguez. Claro es que mientras más resplandezca la inteligencia humana por la instrucción, mientras más se enaltezca por la ciencia, y mientras

más se perfeccione por la moral, se alejará más y más de la intoxicación estúpida, que sofoca y apaga la tea divina con que el hombre ilumina la senda tenebrosa de su destino.

Así como en el orden físico la falta de vigor en la sangre induce al anémico á alcoholizársela, en el orden moral la falta de vigor intelectual, la falta de valor, la falta de sociabilidad y el deseo de sofocar la voz de la conciencia intranquila, forman al borracho, que acaba sus días con una vida ficticia en este mundo, para despertar en la vida futura ante una espantosa realidad.

Nuestra sociedad se resiente ya profundamente de los efectos de la pasión alcohólica. Ha desaparecido casi por completo la conversación que se generaliza en los grupos, la charla que entretiene y el trato sincero y franco entre personas de diferente sexo. Debe haber excepciones; pero una reunión, hoy por lo general, se resiente de estiramiento y fría inmovilidad por parte del bello sexo, y retraimiento y rusticidad

en los jóvenes que no se ponen en contacto con las señoras sinó exclusivamente para bailar, y para saludar y despedirse. En cambio hay que buscar á los jóvenes en el comedor al lado de las botellas, y si se les quiere ver expansivos, desembarazados y decidores, hay que buscarlos en sociedad que no es para descrita.

No quiere decir esto que esta regla general no tenga excepciones, y honrosísimas, y hasta nos atreveríamos á decir numerosas; pero la mayoría que da la acentuación y el carácter á la sociedad, es á la que nos referimos.

A ese paso los salones permanecen cerrados, y sucede frecuentemente al que va á hacer una visita de noche, sufrir un interrogatorio del portero, que en vez de esperar visitas teme una asechanza; después sigue la aparición de una recamarera medio azorada de que á las nueve de la noche entren personas á la casa. Mientras da cuenta á la familia de semejante novedad, y la visita espera en el corredor se oye el abrir

de puertas, el crugir de las llaves y el movimientc de las vidrieras. La criada acierta apenas á encender la lámpara de petróleo que está sobre la mesa de centro, y cuando la señora de la casa entra á la sala, la visita pide perdones por su importunidad, y la señora se disculpa por su retraimiento, y manifiesta cómo su marido se fué al teatro, y los jóvenes N y M vuelven á casa generalmente muy tarde y que los primos H y R no van á verla sinó de tarde en tarde, que éstos y los amigos de sus hijos, y el hermano de la señora y todos los hombres de la casa, en fin, no acostumbran estar allí de noche, y esa es la razón porqué la mamá y las niñas están solas y se encierran á las nueve.

—Los jóvenes N y M estarán haciendo visitas.

—No señor, dice la mamá, M debe estar en casa de su novia, que es la única casa que visita. N debe estar en el billar; es afectísimo á esta diversión, y dicen que es un jugador de primera.

—Y su marido de usted?

—El pobre, como trabaja tanto, se sale de noche á divertirse; muchas veces me invita, pero qué, si cuando uno tiene niños....

Los niños de esta señora saben beber y jugar; pero no visitan á nadie. No se les ve en su casa más que á la hora de comer, y eso no siempre.

N, el que juega al billar, tiene veintiseis años, cortó su carrera, y es un gran bebedor de copas. Era un jóven muy apreciable, tenía talento y su porvenir hubiera podido ser brillante: pero un amigo que tiene y que se precia de tener muy buena cabeza, lo invitó un día á tomar un «cook-tail» y N se sintió por el momento expansivo y despejado por la primera vez, había perdido su habitual encogimiento, y conoció que lo que él necesitaba era tomar un poquito; y á la media hora él invitó á su amigo á tomar otro «cook-tail,» el convidado le aconsejó que probaran otro brevaje americano compuesto de varios licores y varios aromas, y helado por añadidura. De esa ma-

nera el alcohol logra penetrar á la sangre disfrazado de refresco. N. descubrió en sí mismo la facultad de tomar varios «cook-tails» sin sentirse borracho. Lo único que sentía era una especie de felicidad, de cuya aparición estaba muy ancho.

Así pasó la mañana de un domingo. En la tarde quiso probar, sólo, y volvió á la cantina por otro «cook-tail» y se echó á andar, tenía una empresa amorosa hacía tiempo, y mientras vagaba por las calles después del primer «cook-tail» vespertino, pensó en una barbaridad, pero no se sintió con valor suficiente para llevarla á cabo, volvió á la cantina, y á poco rato se admiró de la prodigiosa virtud de los «cook-tails.» Los escrúpulos habían desaparecido. Esa noche procuró llegar á su casa lo mas tarde posible para que no lo vieran.

Al día siguiente al verse en el espejo, fluctuaba su ánimo entre la vergüenza de lo que había hecho, y la idea de que era ya un calavera, y un hombre de mundo. Se atusó su pequeño bigote, y su primer

cuidado fué buscar á su amigo, el de la buena cabeza, para contarle su aventura. Esa mañana probó N. á elección de su amigo,



la tercera clase de brebaje, mucho mejor, por supuesto, que los anteriores. Esta vez tomaron los dos amigos una mesita en el rincón de la cantina para platicar cómoda-

mente. ¡Cosa rara! N. que se sentía hasta enfermo en la mañana, volvió á experimentar el bienestar de la víspera, y se sintió muy bien; empezó á estar ocurrente y cínico, cosa que le hacía mucha gracia á su amigo el de la buena cabeza.

Esto pasaba hace tres años. De entonces acá N. ya dejó los libros, y las visitas. No



va á su casa más que á comer, como dice su mamá. Su amigo le tiene miedo á N. cuando se embriaga; se convierte en una especie de loco furioso, á quien es preciso no contradecir. Le da por Tenorio, y busca á doña Inés entre esas señoras; algunas ve-

ces ha encontrado la estátua del Comendador en forma de gendarme.

N. ha cambiado mucho en tres años; era delgado y buen mozo; hoy está gordo, con una gordura hinchada y fofa, lo cual se le conoce especialmente en la nariz; tiene los ojos inyectados, y la mirada vaga y huraña. Vaga por las calles de Plateros, parándose en las puertas. Ha llegado á tomar más que su amigo, el de la buena cabeza, y ya no puede estar en equilibrio si no toma de diez á doce copas al día. Cuando se le pasa una hora sin «cook-tail,» esa hora es negra, porque entonces se acuerda que ha robado á su mamá, que empeñó un anillo ageno, que ha pedido prestado y no puede pagar, que le debe al sastre, que la familia H. ya no le habla; y todo esto viene acompañado de unas punzadas en el hígado que le hacen sufrir horriblemente; además se siente desvanecido y débil; con un temblor como calosfrío, y suele perder hasta las palabras; conoce que su voz está hueca y siente en la lengua una contracción extraña. Todos

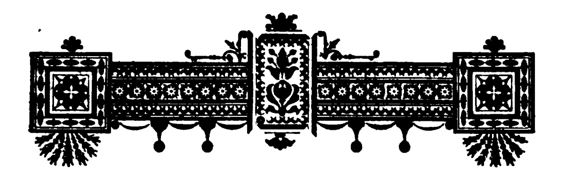
estos acreedores le piden el «cook-tail:» cuando lo toma se vuelve á sentir feliz, como su amigo el de la buena cabeza.

Así vive N. Las amistades de su casa hablan de él como de un muerto. La madre llora todos los días. Su papá le ha reprendido de una manera severísima, el doctor que cura á la familia le da un año de vida; dice que la cirrosis está muy avanzada, que el corazón está seriamente afectado, y opina porque á esta altura es casi imposible la curación. Además N. no quiere curarse; le ha confesado á su amigo, el de la buena cabeza, que desea morirse.

El maguey de los llanos de Apan y los «cook-tails» de la capital responden de la solvencia y prosperidad de las agencias de inhumaciones.




PACHUCA.



PACHUCA.

A las diez y media de la mañana empieza á rodar penosamente, y como esperezándose por su larga parada en la estación de Buenavista, un pesado tren mixto de carga y pasajeros. Estos en su mayoría llevan sombrero ancho y pantalón de montar, que dibuja la pantorrilla. Van algunas de esas beldades de ranchería exentas de clorosis, pero coloradas por las virtudes terapéuticas del Agave americano; algunos empleados en nego-

ciaciones mineras, y otros indivíduos indescifrables, armados hasta los dientes.

Se fuma y se charla en voz alta en el vagón, desde las diez y media de la mañana hasta la una del día. El tren, dentro de los estrechos límites de la prudencia, camina despacito y se para seguido, siempre que hay una estación, y por consiguiente, una emborrachaduría al aire libre: la mayor parte de los pasajeros se cree en el deber de refrescarse, hasta agotar el pulque de cada lugarejo. El pulque aprovecha los cascos del padre Kerman, del anisete, del marrasquino y del cognac. Los vendedores en esas refresquerías escancian el glutinoso líquido en tarros de todas formas, y los bebedores dejan siempre la huella de su refresco en la tierra sece. El que quiera tomar uno de esos cuadros «après nature», puede observar en el buen tomador de pulque tres cosas: 1.° Que bebe á tragos gordos; 2.° Que del último trago deja escurrir por el extremo izquierdo de la boca, un chorro baboso que llega hasta el suelo; y

3.° que escupe después de tomar y arroja á sus piés la hez del vaso, para devolverlo. La estética pura del tomador de pulque exige limpiarse los labios con el dorso de la mano derecha.

De libación en libación se llega á Irolo, y el pasajero tiene necesidad de repetir la tramitología de sacar boletos, cuidar del equipaje, pagar por que lo saquen, ver que lo pesen, sacar talón, y volver á pagar por que lo pasen al vagón del ferrocarril de Hidalgo. Cierto es que todo esto podría evitarse en obsequio del pasajero, poniéndose de acuerdo las dos compañías, para expedir recíprocamente sus boletos de Pachuca á México, y viceversa. Pero como ésta sería una combinación exclusivamente en obsequio del público, y no de las respectivas empresas, es probable que no la intenten. Cierto es también que se podría hacer ese camino en la mitad del tiempo que ahora se emplea en recorrerlo; pero como eso sería también en beneficio del público, las empresas no lo hacen, fiadas en

que peor sería hacer el camino en burro.

El panorama de México á Pachuca se compone de magueyes de cerca, y de cerros de lejos; es el vasto emporio del Agave, planta indígena que, con pretexto de curar la clorosis, multiplica por veinte los guarismos de la estadística criminal; y con el pretexto de refrescar, embriaga; y con el pretexto de entretener el hambre, consume en la embriaguez lo que el tomador emplearía en su verdadera nutrición.

Esto no obstante, el maguey es una de las bendiciones del Anáhuac, que cuesta al municipio de México una suma de consideración, empleada en mantener criminales y en curar heridos, víctimas del pulque.

Esta misma bendición lo es, y grande, para los dueños de los magueyes, plantas que viven y mueren menospreciando la agricultura y el cultivo; para el ferrocarril de Veracruz, por el flete cuotidiano y gordo con que hace boca en sus maravillosas tarifas: y para el gobierno, por la alcabala, que es uno de sus mejores ingresos.

La bendición toma la forma de felicidad en la clàse menesterosa, que emplea las tres cuartas partes de su haber en «refrescarse,» y por último la tal bendición toma la forma de gravámen y ruína del ayuntamiento, que mantiene presos, recoge borrachos, y sostiene hospitales, faltándole siempre siete reales y medio para completar un peso.

Se llega á Pachuca á las cuatro de la tarde, como en tiempo de Zurutuza; observación que están muy lejos de hacer los que se han refrescado en el camino; porque está probado que los que se refrescan no son generalmente los mejores observadores.

Pachuca se parece á muchas personas: no pasa día por ella; todavía no tiene empedrados, ni banquetas, ni arbolados, bebe agua en barrilitos y en cántaros, y está amenazada de beberla en botellas. Sigue atravesada por una especie de caño que se llama el río, por donde se arrastra entre guijarros una culebra de lodo amarillento, que ès la defecación de los patios de beneficio de los cerros vecinos; la plata se bebe

toda el agua de la población y le arroja lodo. Algunas mujeres, sin embargo, le confían á este lodo la limpieza de sus harapos; los lavan allí para hacerlos cambiar de aspecto.

Todavía no se ha quemado, ni se le ha podido acabar la polilla al teatro que sigue llamándose del Progreso, contra la voluntad de Dios y contra la índole del idioma.

Pachuca quiso hacerse un gran teatro; pero lo quiso hacer tan grande, que no pudo, y descansó al séptimo día que no acaba de pasar: el del Progreso que está enfrente, con un tejado de tejamanil desvencijado y negro, se le ríe en las barbas cada vez que enarbola una banderita de media vara para anunciar los sacrificios de Thalía y Melpómene, que son frecuentes. Mientras el Progreso se ríe del proyectado teatro por un lado, una plaza de toros se ríe de la civilización por el otro, y los barreteros que destripan los cerros entre semana, van á ver destripar caballos los domingos.

Así como el maguey es una de las bendi-

ciones del camino, el aire es una de las bendiciones de Pachuca. Por aquellos cerros, agusanados de hombres y perforados como la madera apolillada, sopla un viento N. E. que se encarga de sacudirle el polvo á la ciudad, y se lo sacude efectivamente con más insistencia de la que apetecerían sus moradores. Después de abatir el humo de las chimeneas en los cerros, el viento aquel, recogiendo todos los ruídos de las máquinas, y provisto de un puñado de constipados y pulmonías, se revuelca en las calles, remueve la basura y levanta torbellinos de polvo, hace crujir las puertas, penetra por las hendiduras, silba por los callejones, hace temblar los tejamaniles del teatro del Progreso, arroja puñados de tierra sobre la carne de la plaza y pone en un momento las naranjas y los tejocotes del color de los cacahuates; hace cerrar los ojos á las placeras y sube el embozo de las frazadas, manda á pasear algunos sombreros de petate, revolotea sobre los malvones del jardín de la plaza y los deja pardos y como

petrificados, empuja á los robustos eucaliptos de aquel desgraciado oásis de la ciudad, y con los empellones estos árboles han acabado por tomar una postura diagonal, como queriendo huír de tan repetidas caricias. Estos héroes de la vegetación y los magueyes resisten con sus hojas acartonadas y lustrosas al polvo, como resiste su vida vegetativa á la sequía y al abandono, y crecen y viven sin pedir amparo.

Cesa el viento cuando se ha cansado de azotar al pueblo, ó cesa el ruído para dejar escuchar la detonación de un cartucho de dinamita, repercutiendo los ecos de la descarga en todos los accidentes de las montañas, como si todos aquellos gigantes de plata se hubiesen constipado simultáneamente; la basura que ha cambiado de sitio descansa donde puede, esperando la otra sacudida; los penachos de humo de las chimeneas del cerro vuelven á levantarse; el rumor de los morteros de vapor se regulariza, y los transeuntes pueden abrir la boca y los ojos. Todo lo encuentran en su mismo

sitio menos la basura; los bizcochos y los dulces del portal han palidecido, todas las golosinas han tomado un tono gris parecido al lodo del río.

No tiene la culpa Pachuca de haber nacido en aquella cañada batida por los vientos; la miseria la dejó allí esperando el producto de las minas, al pié de los socavones y entretenida en ver arrastrarse la serpiente de lodo de su río, que tampoco se parece á las barras de plata que por millares han atravesado sus calles tortuosas, sin proporcionarle la deseada prosperidad. ¡Pobre Pachuca, tan pobre junto á tanta riqueza, tan opaca de polvo junto á tanto brillo, tan triste al pié de la bonanza, y tan resignada con su suerte que hasta se cree feliz!

Pero en cambio del feo aspecto de la ciudad, sus habitantes se encargan, con encantadora amabilidad, de borrar en la imaginación del visitante las tristes impresiones del aire, del polvo y del río. Parece que los desapacibles rumores de los morteros, los quejidos del viento y las detonaciones

de la dinamita, formando la desolación de los órganos auditivos, han engendrado el amor á las armonías de la música en cambio de los ruídos estridentes y de la miseria de la ciudad, el hogar es confortable, el interior de las casas es limpio y hasta elegante. Las señoritas se refugian en el piano buscando en el divino arte, en el fondo del santuario doméstico, los goces que les niega la ciudad, el rumor de otras brisas que no se han quejado en los eucaliptos ni gruñido entre los malvones del jardín de la plaza. La apacible familia del doctor don Rodrigo Ramirez, cuelga el retrato de Betowen sobre el piano, y convierte su salón en conservatorio de música, donde los jóvenes diletanti celebran agradables veladas musicales. Durante el día, mientras la ciudad trabaja, se aturde y se empolva, ocupan las sillas del estrado y los ángulos de la sala, por un lado el contrabajo vuelto de espaldas y los violines boca abajo, como guareciéndose contra los disparos de la dinamita, las bandurrias y las

guitarras primorosamente trabajadas por los industriales de Ixmiquilpan; las flautas duermen la desvelada anterior en sus estuches de terciopelo y el piano se cubre con sus tapas por temor de un resfriado. Pero en las noches, las señoritas Ramírez presiden la tertulia musical, y así recorren el teclado como arrancan á la flauta, al violín ó á los instrumentos de latón sus mejores notas.

Así como los rumores desapacibles de la ciudad engendraron la necesidad de indemnizar al oído con las veladas musicales, la ociosidad y desapacible vida de los criminales inspiró al gobernador de aquel Estado la idea de hacerlos filarmónicos. Sustituyó á la inacción é incuria de los presos, el aprendizaje de la música; á las conversaciones poco edificantes de los grupos perezosos, la discusión sobre los tonos y sobre las escalas, y á las interjecciones disonantes las primeras armonías de una banda militar. Las frases musicales que expresan el amor ó la plegaria, la melancolía ó el sentimiento, han de haber tendido una gasa color de ro-

sa sobre los remordimientos de los criminales; alguna armonía misteriosa ha de haber ido á posarse, como una mariposa sobre abrojos, en el corazón de los asesinos; alguna nota, como la semillita que lleva el viento, ha de haber hecho brotar en el corazón de los malvados como en la grieta de una roca, la flor de la ternura. Tal vez un oficloide ó un corno, una flauta ó un octavino, lleguen á ser, como la cruz, signos de redención para los presos.

Quién sabe! Pero el estupro y el homicidio, el robo á mano armada, la alevosía y la crueldad, han trocado la ganzúa, la daga y el revolver por los latones sonoros, para hablar el idioma del sentimiento, de la ternura y de la pasión. Ya los criminales son músicos, pero siguen siendo presidiarios, que no pueden exhalar sus melodías al pié de los torreones ó de los sauces de las selvas como los trovadores, sinó entre los remington de la escolta; tocan entre filas para alegrar al público y vuelven á la cárcel. ¡Ojalá que ese tormento moral y esa dura prueba influya en su regeneración!

Una vez más, y por todas, asiste al autor de estas líneas el deber de encomiar tanto el divino arte como la amabilidad de las personas que lo indemnizaron, y con creces, del viaje, del polvo, del viento y de la contemplación del río, con el obsequio de un concierto en la casa del Sr. Lic. D. Ignacio Durán.

Allí ejecutó en el piano, con la maestría, precisión y gusto que acostumbra, difíciles fantasías y piezas de bravura la estimable señora doña Marta Bracho de Acevedo. Piezas concertantes para flauta y piano las señoritas Ramírez, preciosos valses y piezas ligeras la señorita Refugio Espinosa de los Monteros y el señor Varela. Pero lo que dió un carácter especial á la velada fué la concurrencia de la Estudiantina.

Se presentaron á las ocho y media de la noche en el salón del concierto catorce jóvenes vestidos de negro, irreprochables en su traje de tertulia, llevando cada cual, en el ojal de su levita abrochada, una pequeña cinta tricolor; colocaron un pequeño atril

en el centro y tomarón asiento en semicírculo aquellos distinguidos estudiantes, quienes, acertadamente, desdeñaron la quesadilla y el manteo, la cuchara y las medias negras de la estudiantina española, para vestir como caballeros de nuestra época.

Empuñó la batuta el joven director Francisco R. Bracho y los bandolones mexicanos, los bajos, el violín y el violoncello, ejecutaron con admirable maestría una pieza sobre temas de la zarzuela «Las Campanas de Carrión.» La ejecución reunió las cualidades del unísono, de la afinación y el compás, expresión y sentimiento en la melodía, acuerdo en los «crescendos» y precisión absoluta en el conjunto. De la misma manera ejecutaron en la velada hasta cinco piezas.

Mientras tocaban, el público hacía reminiscencias de la famosa estudiantina española que ha recorrido las ciudades de Europa y América, deleitando al público en todas partes, precisamente por las cualidades que acabamos de enunciar. Esta estudiantina, que se ha organizado bajo el nom-

bre de «Estudiantina Beristain-Paniagua» puede dar un paseo por el mundo, segura de que recogerá por todas partes los aplausos que merece.

Desde luego se advierte que son consumados profesores.

Esta observación nuestra, provocó entre los circunstantes una información que nos llenó de asombro. Aquellos ejecutantes no son profesores; más todavía, ninguno de ellos, excepto el director y el joven Córdoba que toca el violín, conocen la música; y todos, sin haber pulsado nunca ningún instrumento, han aprendido líricamente cinco grandes piezas de concierto, que pueden lucir en todas partes. La información final acabó de formar nuestro asombro. La estudiantina ha comenzado su estudio hace tres meses, circunstancia que hace realzar su mérito y habla muy alto de su fuerza de voluntad y de su constancia.

Muy acreedores son pues, estos jóvenes, que han consagrado las peligrosas horas de ocio de su edad á una empresa que los hon-

ra, á los elogios de la sociedad. Nosotros nos complacemos en reiterarles en estas líneas nuestra mas cordial felicitación, y nuestro agradecimiento por la bondad con que se prestaron á proporcionarnos una velada musical tan agradable, y cuyo recuerdo no se borrará de nuestra memoria.

Hé aquí el personal de la estudiantina:

Bandolones primeros.—Miguel R. Bracho, Carlos V. Guerrero, Feliciano González.

Bandolones segundos.—Luís B. García, José Corona, Aurelio Bracho, Leandro T. Garnica, Manuel García, Enrique Osorio é Ignacio Ramirez.

Bajos.—Andrés Osorno y Melesio García.

Violín.—Fausto Córdoba.




EL DECORO PÚBLICO.



EL DECORO PÚBLICO.

No obstante la convicción que tenemos de majar en hierro frío hemos de insistir en nuestro prurito de llamar la atención de la gente decente, encargada de hacer cumplir los bandos de policía, sobre el decoro público.

Los dos grandes grupos en que está dividida la población de esta capital, presentando el mas singular contraste, caminan en direcciones diametralmente opuestas. Mientras el uno se monta á la europea en la ópera, en el hipódromo y en el paseo, el

otro, refractario á la civilización, sigue revolcándose gozoso en el fango de sus malas costumbres, abandonado á sus propios vicios, como si los encargados del mejoramiento de nuestra numerosa clase ínfima hubieran prescindido para siempre de tomar parte en cuestión tan importante.

Claro es que el mejoramiento de una clase social no puede ser expontáneo, ni puede verificarse de golpe al influjo de un reglamento. Los agentes principales de ese mejoramiento son el contacto con las clases superiores, el buen ejemplo y la buena reglamentación en todos los actos de la vida pública. Así es cómo la población de las capitales se hace homogénea, se mejora y se hace culta, porque todo centro civilizado difunde la ilustración en torno suyo, establece el estímulo y engendra la aspiración de las clases inferiores á ingresar en su seno. Pero si bien es éste el camino conocido para el adelanto social y mejoramiento de los pueblos, entre nosotros, por una de esas anomalías de nuestro destino, sucede

todo lo contrario: quiere decir, que no es la clase culta la que mejora la plebe, sinó ésta la que contagia de ordinario á las clases superiores.

Muchos hay que creen que es falta de patriotismo declamar contra muchas de nuestras malas costumbres, que esos mismos patriotas califican pomposamente con el nombre de «costumbres nacionales.» Esos sujetos llaman «republicanismo» á la falta de conveniencias sociales, y cosas de «confianza» á inveteradas y reconocidas faltas de cultura y de urbanidad. Comer con los dedos, y otra clase de faltas de cultura, se llaman «cosas al estilo del país,» como si el país hubiera hecho voto de ordinariez.

Y tan es cierto que las costumbres de la plebe contagian á las clases educadas, que éstas, en su gran mayoría, no protestan, especialmente en las ocasiones solemnes, contra ciertos usos sancionados por la costumbre.

Una de las faltas mas graves de que es responsable nuestra policía, y que llama

fuertemente la atención de los extranjeros y de las personas cultas, es el descuido absoluto que se observa en la capital respecto á la importante cuestión de mingitorios é inodoros.

Cuestión es ésta que, sin dejar de ser de importancia trascendental, no debería, sin embargo, ser materia de artículos de periódicos. Pero en otras partes, la policía y el amor propio han cumplido con su deber. Entre nosotros, por desgracia, se hace indispensable poner el grito en el cielo para sacar á la vergüenza asuntos que el decoro público no han acabado todavía de resolver.

La primera, la mas importante de las cuestiones que se debe resolver en el planteamiento de una ciudad, después de proveerla de agua potable, es la del desagüe ó cloaca, cuestión relacionada íntimamente con la salubridad y el decoro público; y sin ocuparnos aquí del estado que guarda la debatida cuestión de la limpia de la ciudad, tomamos como término de comparación la cloaca de la ciudad, para deducir de aquí:

que así como no puede haber ciudad habitable sin cloaca, no debe haber habitación en la ciudad sin las condiciones inherentes á tan importante servicio.

El abandono en que permanece en México, dá lugar á escenas que á no ser, por desgracia, testigos de ellas, no se podría creer que pasan en una ciudad civilizada. La falta de mingitorios é inodores obliga á los habitantes á vivir con las costumbres del aduar de salvajes; y si actos de esa naturaleza son repugnantes tratándose del sexo feo, cuando es una mujer la que en pleno día sale, exprofeso, de una accesoria para convertir la vía pública transitada en lugar excusado, reina entonces el salvajismo sobre el pudor, sobre la moral y sobre todos los humos y vanidades de la mentada ciudad de los palacios.

De nada sirve que nuestra ilustre Sociedad de higiene se luzca y con razón, en sus humanas discusiones sobre materias de importancia tan notoria, si el ayuntamiento y la inspección de policía olvidan, tal vez por

sus complicadas atenciones, y por lo ingrato de la materia, que no se debe autorizar ni permitir arrendamiento de habitación que no llene las condiciones higiénicas, indispensables para la conservación de la salubridad y el decoro público.

Así, pues, una accesoria sin comunicación con el interior destinada á servir de dormitorio, cocina y oficina tributaria, al mismo tiempo, no llena las condiciones higiénicas y decorosas de habitabilidad, y la autoridad, por lo tanto, está en el deber de no permitir su arrendamiento para vivienda. Una accesoria bajo tales condiciones no es un domicilio que debe tolerar una autoridad ilustrada, porque los que la habitan están en la necesidad de vivir como salvajes, violando, á ciencia y paciencia del público, las leyes del pudor y de la decencia.

No basta á esta desgraciada ciudad el pésimo servicio de sus cloacas, ni el estancamiento perenne de sus desechos en estado de descomposición en el subsuelo, sinó que éste está destinado á recibir á flor de tierra

los desechos personales de una gran mayoría de sus habitantes, impelidos por la mas grande de las necesidades y consentidos por el mayor y mas punible de los abandonos.

Y como si á nuestro ayuntamiento no bastara esa culpable omisión y menosprecio de la autoridad pública respecto á los principios enunciados, no sólo no para mientes en la inconveniencia de las habitaciones y en la falta de servicio tan necesario, sinó que autoriza, por el mezquino y vergonzoso interés de unos cuantos centavos, que la plaza de la Constitución se convierta en las frecuentes temporadas de nuestros tianguis, en aduar de esas tribus de cacahuateros, dulceros y vendedores de golosinas y de cosas inútiles, para convertir el centro de la capital en una feria primitiva, en la que el polvo, la basura, las cáscaras, el humo de las luminarias y de los figones, la incuria de la plebe, los insectos parásitos que la acompañan y por añadidura las materias fecales de algunos centenares de huéspedes, marquen, ante la civilización y el decoro

público, el desdoro de una corporación que se permite, en esta época, aceptar tráfico tan indecoroso como uno de sus arbitrios municipales, olvidando que la corporación municipal es la reunión de vecinos ilustrados, encargada del aseo, de la salubridad y del decoro público.

Si una accesoria no debería alquilarse para habitación por la falta de inodoros y de derrames, con más razón no debe permitirse pernoctar por semanas enteras en una plaza pública, que habrá de convertirse en dormitorio y muladar á un mismo tiempo. Bastaría esta razón.... «de desagüe», para ruborizar al regidor que da licencia para hacerlo al aire libre frente al Palacio Nacional, por unas cuantas monedas de níquel.

Decíamos al principio que entre nosotros no es la clase ilustrada la que corrige á la plebe sinó la plebe la que contagia de ordinariez á las clases ilustradas. Lo prueba el consentimiento, por la fuerza de la costumbre, de espectáculos tan repugnantes, propios de la incuria y del salvajismo de las

masas. Y para que se palpe la verdad de este aserto, no es sólo el tianguis propio de la plebe el que arrastra á semejantes prácticas á personas mas ilustradas; es el gran teatro Nacional, el gran teatro de la ópera, el primero en América, el lugar donde la incuria de la plebe, su falta de pudor y sus hábitos salvajes tienen también cabida. Los mingitorios ó inodores de ese gran teatro son la cloaca mas inmunda que pueda imaginarse, dispuestos de la manera mas inconveniente, indecorosa y nauseabunda, y que en cualquiera ciudad civilizada, si tal espectáculo fuera compatible con la civilización, ó siquiera con el amor propio del empresario, determinaría la clausura del teatro y el castigo del propietario. Las familias que pagan veinte pesos por una platea para lucir sus brillantes, tienen que atravesar el tránsito de la izquierda, tapándose las narices para no respirar los vapores amoniacales y nauseabundos que saturan la húmeda y mal sana atmósfera de aquellos pasillos lóbregos, ensalitrados, ahumados y asquero-

sos. Pero familias y regidores, autoridades y empresario, se tapan las narices en silencio, y los caballeros del salón siguen prestando al amoniaco su contingente de los entreactos, metiéndose en grupo compacto los unos á la vista de los otros en aquel cuarto negro, ahumado, lleno de telarañas y anegado al grado que los entrantes y salientes dejan hasta en los pasillos la huella de sus pisadas, sobre las que pasan, á su entrada y salida, los piececitos calzados de raso blanco de nuestras damas elegantes.

¿No es pues la plebe, que «riega» la plaza principal, la que nos ha habituado á ese espectáculo, y ya contagiados de ordinariez nos impide pensar en que las necesidades naturales encierran una cuestión de pudor y de decoro? Á nombre de él conjuramos á nuestro ilustre ayuntamiento á que pare mientes en la cuestión del «álcali volátil», y proceda á organizar en la ciudad un servicio público de mingitorios é inodoros á la altura no sólo del apremio de tales necesidades, sinó á la altura de la civilización y

del decoro público. Tales disposiciones cederán seguramente en honra de sus autores, en pro del pudor y de la decencia y en correctivo de las costumbres salvajes de la plebe.

Por vía de apéndice diremos lo que hemos observado en los Estados Unidos respecto al asunto.

Todos los dueños de expendio de licores, cafés, fondas, hoteles y tiendas, tienen el deber de establecer y conservar en perfecto estado de aseo mingitorios para el público.

Todas las oficinas públicas, los parques y paseos, tienen establecido este servicio en perfecto estado de aseo y dividido en tres departamentos, para hombres, para señoras y para niños y nodrizas.

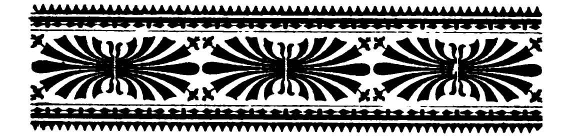
En los hoteles está destinado un salón subterráneo para inodoros, mingitorios y tocadores con agua corriente, para el servicio del público, sin estipendio alguno. Los mingitorios contienen un recipiente de porcelana en el que cae sin cesar un hilo de agua sobre un jabón desinfectante, com-

puesto con ácido fénico. El piso y los tabiques divisorios son de mármol blanco. Los mingitorios de los carros Pullman son gabinetes forrados con tableros de madera de sándalo sin barniz, en donde no sólo no se percibe mal olor sinó se aspira una atmósfera agradablemente embalsamada.

Las condiciones del mingitorio pues, deben ser: franco y liberal declive, tapa hidráulica interior para no dejar escapar los gases, piso de mármol blanco y perfectamente seco. No creemos que éste fuera un gasto ruinoso para el empresario del teatro Nacional ni para los cantineros, ni un ataque á la libertad individual el obligarles á cumplir con las leyes del decoro público.




LOS CACAHUATES.



LOS CACAHUATES.

VACIADAS las costumbres de esta capital en un molde legítimamente eclesiástico, llegó á ser el camino mas trillado para el cielo el de las fiestas religiosas. Salvarse divirtiéndose, mezclando sabiamente lo útil con lo dulce, fué siempre el afán de nuestro venerable clero, cuya obra utilitaria de imponer al vecindario una vida semi divina para despachar puras almas contentas al otro mundo, debe haberle causado gran satisfacción y contentamiento. El vecindario, por su

parte, muy hallado con el molde y con las costumbres, puesto que todo ello tenía por mira única la salvación del alma, ha devorado en la Villa de Guadalupe, por cuenta y riesgo de ese santo proyecto, muchos miles de cabezas de ganado cabrío en Diciembre. Este gusto por el chivo, que por ser de los peores no tendría aplicación plausible, se comprende perfectamente desde el momento en que se le sazona á lo divino: llámesele á la «salsa borracha,» con que se pretende neutralizar el tufo á vela de sebo, salsa mística, y Brillat Savarin convendrá con nosotros, en que la nauseabunda carne de chivo, seca é indigesta, es un manjar de los dioses.

Tiene este detestable gusto, no obstante, otros puntos de apoyo que no pertenecen precisamente al orden moral. La Villa de Guadalupe ha sido siempre el pueblo mas feo y mas pobre de todos los alrededores de México, y su concurrencia, en sus tres cuartas partes, compuesta de hordas idólatras, á las cuales ni la civilización ni la re-

ligión cristiana han logrado todavía catequizar. Á partir del año de 1531, en que empezó á haber Virgen de Guadalupe, no han transigido, ni transigirán, con la civilización, ni con la fé cristiana, ni con la fonda; pero transigen fácilmente con la carne negra de chivo, que constituye el menú de su glotonería; porque han comido maíz once meses para comer chito y encender velas de cera en Diciembre. Porrás y Recamier harían, por lo tanto, un papel tristísimo en la Villa, á donde las familias semicivilizadas van precisamente á comer chito, y no otros manjares, porque esa es la gracia y la costumbre: hacer lo que hacen las hordas idólatras y salvajes; quiere decir: calentar aquella carne negra y manoseada, sobre unas piedras, y comerla con los dedos, con exclusión de todo utensilio de mesa. Esta es una vereda por donde nos hemos extraviado la mayor parte de los habitantes de esta ciudad, porque en vez de dar con la salvación hemos dado con la ordinariez. Por más que la cuestión religiosa haya lle-

gado á ponerse turbia con los vapores de la reforma y el descreimiento, queda el chito incólume.

Claro es que el espíritu religioso no es el mismo de hace medio siglo; claro es que la discusión, la luz y otros agentes han atentado, y no en valde, contra la popularidad del milagro, y contra el método de salvación; pero nada de esto ha podido atentar contra el chito; y como este mundo es y ha de seguir siendo patrimonio de los mas expertos y de los mas prácticos, nuestros ganaderos envían la carne negra de sus chivos para que sirva de clásico manjar á los idólatras, y mandan las pieles al extranjero para que nos las devuelvan curtidas, con un seiscientos por ciento de utilidad para los importadores.

De manera que todos los regocijos religiosos, instituídos con el santo propósito de encaminar á las almas por la senda de la salvación, subsisten por la fuerza de la costumbre, pero sin la fuerza de la intención piadosa. Subsisten la diversión y la golo-

sina, el regodeo y la jarana, la bulla y los excesos, y todo eso crece y prospera á medida que la creencia y la intención moral desaparecen.

No habrá, pues, poder humano capaz de destruír el imperio del chito y de los cacahuates.

Los cacahuates! hé aquí nuestra golosina nacional é idiosincrásica hasta la pared de enfrente. ¿Cómo sería dable á ningún católico apostólico romano de esta bendita capital, hacer un memento de la peregrinación de la Virgen y S. José sin cacahuates? Conciben que esto pueda hacerse hasta sin novena, y sin posadas, pero no sin cacahuates.

Esta golosina indigesta por excelencia, amontonada en un petate, alumbrada con ocote y pregonada por un hombre medio vestido y enteramente sucio, es la acentuación precisa de toda fiesta, así sea religiosa ó patriótica.

Los cacahuates siguen al pueblo por donde quiera que se encamina: lo siguen en la romería, lo esperan á la entrada y salida de

los toros, de los títeres y de los teatros; lo esperan en las calles en donde hubo un convento. El convento lo suprimió la Reforma, el culto se trasladó con la música y las campanas á otra parte; pero los cacahuates, consecuentes con sus principios, se quedan en la misma calle, protestando contra toda innovación, contra la Reforma y contra los catrines.

Cada montón de cacahuates es una proveeduría de basura que el vecindario se apresura á diseminar en toda el área de la fiesta. Los cacahuates siguen de cerca al patriotismo y á la religión, sea cual fuere la forma en que se presenten; el cacahuatero es el heraldo; y no bien ha plantado su ocote, dado el primer grito, acuden la tamalera, la enchiladera, la frutera y todo el ejército de vendedores ambulantes, de figones al aire libre, de dulceros, pasteleros y demás cohorte.

Cuando el cacahuatero ha sentado sus reales en alguna parte, es claro que el pueblo ha de acudir en masa á hartarse á nom-

bre de la patria ó de la religión, porque patria y religión traen irremisiblemente al público la necesidad ineludible de comer á dos carrillos y doble ración que de ordinario.

¿Será que el pueblo es patriota y piadoso hasta el delirio, ó que un exceso de bienestar y su desahogo pecuniario lo ponen en situación de tirar sus ahorros por la ventana? No es ni lo uno ni lo otro. Aquel grupo que devora cacahuates y golosinas, y que las riega copiosamente con jarros de pulque, ó vasos de tepache, no tiene colchones, ni frazadas, ni almohadas, ni muebles, ni segunda camisa; es una familia, no de desgraciados, puestó que son felices comiendo cacahuates, que los han comprado empeñando su mobilario, que tras el atracón nocturno, no tendrá mañana con que desayunarse. Y esta especie de sacrificio lo exijen en su conciencia la religión y el patriotismo? No: los cacahuates.

Cada montón de cacahuates consumido en un fiesta, representa, en la cifra de su

valor en pesos fuertes, una distribución en que figuran los factores siguientes:

1.º El capital.

2.º La ganancia del pregonero.

3.º Una sustracción á las comodidades ordinarias de la vida.

4.º Un tanto por ciento á favor de la usura.

Hé aquí la fuerza de la costumbre, realizando dos de los mayores despropósitos económicos. Primero, emplear el jornal limitado á las necesidades ordinarias, en satisfacer una necesidad ficticia, frívola y ruinosa. Segundo, remediar la insuficiencia del jornal con el sacrificio de una parte de él á favor de la usura. Hé aquí el poder de los cacahuates.

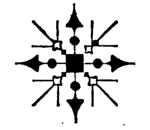
Los cacahuates desnivelan el presupuesto económico de las clases menesterosas en las fiestas de Septiembre, á nombre de la Independencia; el pueblo se harta dos noches para ayunar y mal comer, y no vestirse ni lavarse en varias semanas; y apenas pasa Octubre y el régimen se restablece, los ca-

cahuates de Noviembre, acompañados de tandas, consuman el atracón por los muertos. Apenas en paz los restos venerados, y quieto el estómago, viene el chito y los cacahuates de la Villa, y á los ocho días los cacahuates de las posadas y los de la Noche Buena; siguen con Zaragoza los cacahuates del 5 de Mayo y á éstos, con las «rosquillas y un mamón,» los cacahuates de la Semana Santa; y con la fruta y los dátiles, los cacahuates del Corpus, en Junio, sin contar los cacahuates de las fiestas titulares, y los de las diversiones públicas ordinarias.

Mientras el pueblo come cacahuates por la Independencia política aceptada por la Corona de España, realiza su dependencia de los españoles, llenando las arcas de la usura española.

No hay un pueblo en toda la República cuya mejor tienda no sea de españoles, ni casa de empeño, ni panadería ó lencería que no sea de españoles; ni mercería que no sea de alemanes; la propiedad raíz va pasando rápidamente á manos extranjeras;

las grandes industrias y las grandes empresas no son de mexicanos; los ferrocarriles, los telégrafos, el teléfono, el gas, y la luz eléctrica, son de extranjeros. El *Tamaulipas* y demás buques de la nueva linea no tienen de mexicanos más que la carta de naturalización; quiere decir, la bandera. Los extranjeros se apoderarán de la marina, de los ferrocarriles, de la industria, de la minería, del comercio y hasta del territorio; pero por grande que llegue á ser su poder, nunca lo será tanto que logre quitarnos «los cacahuates.»




LOS BARQUILLOS.



LOS BARQUILLOS.

Mas ligeros no pueden ser: se componen de harina ligeramente azucarada y están tostados á propósito para que sean ligeros y frágiles como muchas señoras, y se deshagan pronto como muchas de nuestras mejoras materiales. De manera que su ligereza no le va en zaga á la de mis artículos como materia de uno de ellos. Pero no escribiría ni una linea respecto á los barquillos, tan ligeros y todo como son, y tan apropiados

á mis propósitos un tanto cuanto moralizadores, si no encerraran, como encierran positivamente, un asunto trascendental.

Vean ustedes qué empeño el mío éste de buscar á las cosas mas sencillas la consabida cuestión trascendental; pero manía ó tendencia, cabilosidad ó suspicacia, el hecho es que me salgo con la mía y sin mucho trabajo encuentro que los «cacahuates» y los barquillos y los «faroles» y otra porción de objetos y productos aparentemente vacíos, encierran asuntos de importancia y dignos, por lo mismo, de tomarse en seria consideración, como decía un diputado sabio de otros tiempos.

Los barquillos me obligan siempre á pensar en el incremento que ha llegado á tomar en México el vicio del juego; y por más que parezca á primera vista que mi imaginación en ese caso da un salto mas atrevido que los de los hermanos Lewingston, no hay, sin embargo, dos ideas que estén mas cerca la una de la otra, que sean mas coetáneas y que estén mas íntimamen-

te enlazadas en la incontrovertible lógica de los hechos.

Ya hemos convenido, mis lectores y yo, en otra ocasión, en que el hombre es animal esencialmente educable, y que en consecuencia, tienen la facultad de imprimirle carácter los juguetes mas insignificantes. Eso que las gentes llaman vocación y que se caracteriza por una tendencia manifiesta en los primeros años, nace entre los juguetes del niño, versatil por naturaleza, frívolo por temperamento, y en quien la facultad de concentrarse, que es una de las mas difíciles hasta en los adultos, lo obliga á la veleidad que es su estado habitual. Pero si el niño tuvo un papá muy rico y un tío canónigo que le compraron una capilla con sus santos de barro y sus velas de cera que arden y alumbran; y si otra tía, monja, le hizo unos ornamentitos muy curiosos para vestir á los padrecitos de la capilla, y la mamá le enseñó la colocación de los padrecitos en el altar y en el púlpito, y las hermanas hicieron unos acólitos primo-

rosos con su cruz y sus ciriales, y si para que el niño se divirtiera llegaron entre el canónigo y la familia á volver un asunto sério, de que se ocupaban todos, la diversión de la capilla del niño, que, según expresión de las viejas devotas, no había ojos con que verla, es seguro que el niño mimado, favorecido por toda la familia, llegó á cierto grado de concentración en el negocio de su capilla, concentración que destruyó la volubilidad y la ligereza de su carácter; que del juego de pura imaginación pasó á la idea, y de la idea al sentimiento, que es la vocación, y de allí derecho á la iglesia grande, como su tío el canónigo.

Desde las leyes de reforma las capillitas hechas en cajón de vino empezaron á caer en desuso, declaradas juguetes propios de los mochos, y los niños juegan mas bien á los soldados para entrar después al Colegio Militar.

Sucede pues, en la mayoría de los casos, que los juegos y las impresiones de la niñez preparan al menos, si no forman del todo

las inclinaciones y costumbres del adulto; y si, con una mirada retrospectiva y escudriñadora, hemos de darnos cuenta del incremento creciente que la pasión del juego adquiere en México, y hemos de buscar las causas morales que producen ese vicio, encontraremos que á la falta de principios económicos, al desconocimiento del valor del dinero, á que la prodigalidad mal entendida del padre acostumbra al niño, debemos agregar la funesta é inmoral manera de vender barquillos.

Pasean por los alrededores del zócalo todas las tardes, y por el atrio de Catedral, algunos vagabundos, entre los cuales se hace notable un hombre gordo, mofletudo, no tan desarrapado como la plebe, sinó vestido de manera que hace sospechar que el inmoral oficio de vender barquillos, despertando en los niños la afición á los juegos de azar, es provechoso. Carga el tal, un cilindro de metal repleto de barquillos, y la tapa superior de ese cilindro es una pequeña roleta con una aguja giratoria, que al recobrar su

quietud apunta el número de barquillos que dará por un centavo. Este vendedor ambulante es un aborto del carcamán; mas odioso que el que en las ferias del pueblo explota á los palurdos y á los zagales; este carcamanero explota la inocencia de los niños, ya no sólo en el sentido de hacer parar la aguja en los números bajos, sinó en el de engendrar en los candorosos «marchantitos» esa curiosidad, esa tentación y esa avaricia que constituyen el instinto del jugador.

Para muchos papás no pasarán ese gordo y sus congéneres de ser unos vendedores ingeniosos; otros creen que esto de las roletitas es un adelanto de la civilización, y con la mejor intención del mundo, y rebosando amor por todos sus poros, se regodean contemplando al hijo querido acercarse al hombre gordo, entregarle su centavo, fijar su vista inquieta en el girar de la aguja, al principio invisible y luego describiendo un círculo de rayos; después girando como cansada pero pasando sucesivamente del 1 hasta el 24, donde si se parara, cuánto

placer causaría en el niño afortunado que logra tener dos docenas de barquillos por un centavo, ¡qué lotería! qué felicidad! Pero la aguja se para generalmente, como la de todos los carcamaneros, en el número 1, en el 3, ó cuando más en el 5, excepto cuando, siendo muchos los pequeños «apuntes», quiere decir los niños jugadores, las larvas del tahur, conviene hacer patente el gran premio.

Los jugadorcitos á quienes toca uno ó dos barquillos sienten la contrariedad del «punto», que pierde, á la vez que el apetito de golosinas paladeado y no satisfecho: en tal situación recurren de nuevo al papá, que tiene en ese momento la gran virtud, el gran atractivo, el gran poder de aprontar otro centavo. Si el papá no lo tuviera, vería al niño jugador negarle sus caricias, volviéndose un pequeño tirano; pero los papás tienen centavos, muy especialmente para obsequiar los deseos de esos embriones de «apunte.» El niño apuesta de nuevo y vuelve á sacar un número bajo, con lo

cual el deseo vago de sacar el 24, se ha convertido en una especie de necesidad y de exigencia, tanto más cuanto que es tan fácil que la aguja se pare en ese número como en cualquiera otro; juega de nuevo y con la misma suerte, y no se separa del barquillero carcamán sin que el papá le ofrezca probar la suerte al día siguiente. Y cuando un niño logra acertar al 24, adquiere la convicción de que nació con buena suerte, y nada le inquietará más, ningún otro juego le será mas grato, que aquél en que con un centavo puede darse un hartazgo de barquillos, convidar á sus amigos y figurar por añadidura como el campeón de aquel juego productivo. Quiere decir que el niño hace en miniatura con los barquillos, lo que los jugadores ejecutan tratándose de monedas. La misma sucesión de ideas, las mismas impresiones, la misma lógica, la misma tentación, el mismo orgullo al ganar, la misma desazón al perder, el mismo empeño en dominar la suerte, la misma esperanza de acertar al premio gordo, la pasión del juego, en suma,

enseñada por el sistema objetivo, tan en boga entre los pedagogos y cuyos resultados son tan prácticos y tan palpables.

¡Pobres niños, que nacen en una época de sistemas de educación tan deslumbradores, que impiden á las autoridades y á los papás, comprender que hoy se les enseña á los niños, entre otros primores, la pasión del juego por vía de asueto y recreación.

Me sospecho estar en minoría; pero me sujeto á ella con orgullo, desde que la última innovación en los sistemas de enseñanza, trae la tendencia de emprender la educación del niño en la edad mas tierna posible, para plantar desde las primeras marcas en el desarrollo de la inteligencia, de tal manera, que no haya necesidad mas tarde que retroceder para borrar defectos por medio de castigos y de correctivos en muchos casos ineficaces por tardíos.

Pues bien, si está probado que el trabajo educador es mas fructuoso cuando se apodera por completo de todas las facultades y de todas las acciones del niño, para diri-

girlo con seguridad al ideal que se busca, es claro que ninguno de los actos de la vida del niño se ejecuta sin dejar huella, rastro ó consecuencia en la parte intelectual y moral del educando.

El hecho solo, tan generalizado y tan inocentemente ejecutado, de dar dinero á un niño, es y ha sido siempre para mí un error crasísimo de educación, amparado por una ternura maternal tan mal entendida cuanto funesta.

Dada la manera de ser de las sociedades humanas, debemos convenir en que la satisfacción de todas sus necesidades, desde las mas apremiantes hasta las mas supérfluas, tienen por precio el dinero; y que por lo tanto á la adquisición de este medio práctico, sin equivalente posible, se dirigen todas las aspiraciones, todos los esfuerzos y todos los sacrificios imaginables; que dejando aparte, y sin menoscabar su nobleza, al desinterés, al voto de pobreza y al desprecio de los bienes de este mundo, desde la mendicidad hasta la opulencia, el hombre

liga casi todos los actos de su actividad, de su trabajo y de su poder á la adquisición del dinero. En este mar revuelto de aspirantes, surgen el avaro, el ambicioso, el mezquino, el pródigo, el económico, el afortunado y el mendigo; y entre tanto el mundo es y seguirá siendo patrimonio de los ricos, quiere decir, de los que han sabido comprender mejor, el valor del dinero. Ya se verá por lo mismo que el comprender semejante cosa tiene más importancia de la que parece tener á primera vista. Enseñad á vuestro hijo á conocer el valor del dinero, y lo enseñareis á ser rico; pero si en virtud de una vanidad eminentemente mexicana, le enseñais á despreciar el vil metal, dándoselo sin dificultad cada vez que lo pida, estad seguro de que morirá pobre ó se expondrá á adquirir el dinero por medios reprobados.

El pequeño comprador de barquillos está pues aprendiendo por medio del sistema objetivo de enseñanza, primero, á usar del dinero desconociendo su valor y los medios

de adquirirlo legalmente, y segundo está probando ya en la pequeña roleta, esa fluctuación funesta entre lo amargo y lo dulce, que engendra en el alma la pasión del juego. Cuando estos dos gérmenes prenden en el tierno corazón del niño, como toda semilla en terreno fértil, dará frutos mas tarde, frutos cuyo desarrollo y madurez no bastará á impedir, en la mayoría de los casos, ni la instrucción ni la moral.

¿Por qué será que el comercio, la industria, las empresas y la riqueza pública están representados en México casi exclusivamente por extranjeros quedándonos á los mexicanos ilustrados las carreras, los empleos, la política y la milicia, y á los menesterosos el jornal, la servidumbre, la sociedad de meseros, los pescantes de los carruajes, el cargar á lomo como las bestias, y todos los demás oficios bajos?

Es porque en la primera educación, que es la que ha formado nuestro carácter nacional, no se ha cuidado de suprimir ciertos detalles que nos han parecido tan insignificantes como la roleta de los barquillos.


LA VIDA DE NOCHE.



LA VIDA DE NOCHE.

Desde que balaron la cabras en el primer redil improvisado por el hombre pastor, la puesta del sol fué la solemne señal de reposo. Las gentes se dormían á la par que las bestias, y despertaban todos con la aurora. Era natural; no había entonces ni el mas miserable figón, ni cafetín abierto, ni cerrado, donde pasar la primera noche; y así escondía la cabeza bajo del ala la avecilla, como se arrebujaba el hombre en su frazada para dor-

mir, como lo hacen todavía los albergados en nuestros portales.

Pero no bien el insomnio se apoderó del hombre, cuando asomaron en el mundo los primeros síntomas de la vida espiritual. Los primeros desvelados fueron los primeros sabios, quienes, no teniendo otra cosa que contemplar más que cabras dormidas y estrellas refulgentes, descubrieron en los astros dos cosas eternamente trascendentales y sublimes: la astronomía y la religión. Y basta con que estas dos grandes conquistas se hayan hecho de noche, para que tengamos como cosa segura que las horas nocturnas son las horas del talento y del amor.

De la misma manera que los vegetales crecen de noche, podemos asegurar que el mayor impulso que la vida intelectual ha recibido, desde los orígenes de la humanidad, ha sido durante las horas nocturnas.

Los zagales y todas las personas que permanezcan hoy día tan lejos de la ciencia como el hombre pastor, se acuestan tem-

prano; y mientras los palurdos y las bestias duermen, los sabios velan, los hombres piensan y la obra espiritual del progreso humano entra en su gran período de actividad.

Desde el Capense que estudia su clase, hasta Flammarión que se endiosa asido al telescopio, todos los seres que piensan, velan, para aprovechar el silencio de los necios, seres boruquientos de suyo y á quienes la madre naturaleza tiene el buen sentido de dormir para que no estorben.

Velar, pues, es el privilegio de los seres pensadores, excepto, por supuesto, si los que velan son gendarmes, jugadores de billar, de dominó ó de lotería de cartones, porque los tales, si no duermen, en cambio tampoco piensan, y sobre todo, se salen de nuestro tema, que es el de dividir á los seres vivientes de noche en dos porciones: una, de los que esconden la cabeza bajo del ala como los guajolotes y los del dormitorio público, y otra, de los que escriben crónicas como Vestina y el Duque Job, ó consultan

los astros como los druídas y como Anguiano.

Por ampliación á nuestra pobre capital, en lo general y en algunas noches de la semana le sucede que á pesar de la luz eléctrica, del gas, de la ópera y de los títeres, esconde la cabeza bajo del ala para dormir como los pavos susodichos y como los del dormitorio público.

Ya dió su fallo sobre la ópera y se cansó de gorgoritos y ha llegado á hacerse tan de confianza con la Mascota y con el payaso del circo, que son ahora la Mascota la que se ruboriza y el payaso quien se ríe.

La música del octavo toca casi sola y casi á oscuras en el Zócalo, á pesar de las cuarenta y ocho luces de gas y los cuatro focos de luz eléctrica que la munificencia municipal concede á esas escoletas en despoblado. Ya no le quedan al Zócalo de noche más concurrentes que un señor envuelto en capa española, que ha acostumbrado por higiene tomar allí su ejercicio de ocho á diez, desde que era joven; algunas parejas de ena-

morados pobres, que se sientan, como todas las tórtolas, á la orilla de las fuentes; algunos cacahuateros en receso ó vendedores de golosinas en actual servicio, que á falta de consumidores se entretienen en oír á los artistas de la banda.

Por lo demás, á eso de las nueve, las nueve décimas partes de la población tiene ya la cabeza escondida bajo del ala, y la décima parte que queda despierta, no es precisamente de sabios ni de astrónomos.

No es Minerva, ni siquiera Talía, la que los desvela, sino las funestas divinidades Baco, Venus y Birján, quienes los traen á las vueltas.

Todas las casas están cerradas con vidrieras y puertas, y es raro que algún piano se deje oír desde la calle desierta, cruzada á largos intervalos por gentes que se retiran ó por pollos desvelados; y en muchas noches, los únicos ecos que interrumpen el silencio pavoroso de la ciudad, son los de la tambora del circo y los desafinados pistones de los cafetines gritantes.

Los tranvías, que en todas las grandes ciudades sirven para unir los barrios con el centro y hacer no sólo fácil sino permanente el tráfico entre los extremos, llevan la sabia máxima de que mas seguro mas marrado, y que, como según es fama, á las diez de la mañana han hecho sus gastos, se retiran entre ocho y nueve para esconder la cabeza bajo del ala, y no exponer la ganancia á los caprichos del vecindario, poco dado á desveladas.

Hacen muy bien los empresarios, porque de lo que se trata es de ganar dinero, y no de servir al público, ni de darle gusto, ni de desvelarse, porque eso es contrario á la higiene y á las buenas costumbres.

Está fuera de toda duda que si el servicio de ferrocarriles del Distrito, se mantuviera en constante actividad durante la noche, todo el tiempo que la actividad del vecindario lo demandara, cambiaría completamente el aspecto de la ciudad. Parece hoy ridículo y ageno á nuestra cultura actual ese entredicho nocturno entre Tacubaya y Mé-

xico, entre las colonias y la capital, entre los barrios y el centro. Los habitantes de esos lugares se resignan pacientemente, como en la época de los «guallines», á retirarse á la aldea ó al barrio apenas se pone el sol.

Si el servicio ferrocarrilero se prolongase cuatro ó cinco horas más, formarían parte integrante de la capital las colonias y los pueblos circunvecinos, y este movimiento cedería en beneficio del comercio, de los espectáculos públicos, y de la sociedad en general.

En cuanto á visitas, cada día parece esto cosa del otro mundo. Se encuentra usted por la calle con un conocido viejo, con quien ha tenido usted intimidad años atrás.

—Buenos dias! qué milagro es verle á usted la cara por estos rumbos. Hacía meses que no tenía el gusto de verle.

—Que quiere usted. Estamos en Tacubaya y vengo á México en la mañana sólo á lo muy preciso y regreso al pueblo.

—Le hemos echado á usted de menos en nuestras tertulias.

—Yo ya no estoy para gentes, amigo mío, ya no visito á nadie.

—Cuanto lo siento!

—Buenos días, señora, cuánto gusto...

—Hace seis meses nos fuímos á Mixcoac porque todos los muchachos se vinieron atacados de tos ferina, y desde entonces no hemos vuelto á ver á nadie.

—Y usted, señor, por qué no ha venido á vernos?

—No me hable usted de visitas. De que yo llego á casa ya no me hace usted mover por nada de esta vida. Es cosa que ya casi estamos de quiebra con todas nuestras amistades, porque hemos quedado mal con todo el mundo. Son tantas las visitas que debemos y de tanto tiempo, que ya ni pensamos en ello.

—Y usted.

—Yo no visito á nadie. Ya sabe usted que yo soy así, contestó alguna muy ingenuamente.

Dos jóvenes amigas que se quieren mu-

cho se cambian excusas y explicaciones por este estilo:

—Anda, Gualupita, que nos has echado tierra completamente; ni por convidarte á las posadas ni al bailecito, te has dignado poner los piés en casa.

—Tienes mucha razón en estar enojada conmigo; pero te diré. No ha faltado pretexto: ya que he tenido mucho que coser, ya que el constipado de mi mamá, que le dió feroz; ya que la jaqueca ó que no tenemos ganas de salir; lo que tú quieras, pero el caso es que no ha faltado pretexto.

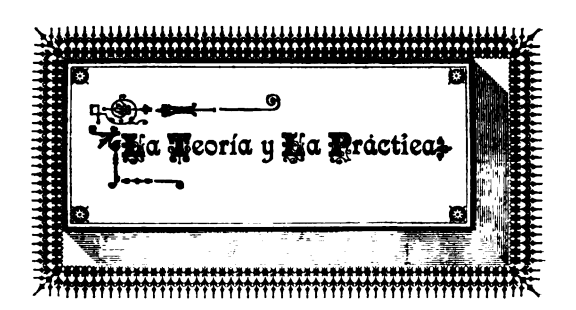
Después de lo cual las dos amigas que se quieren mucho parecen muy satisfechas, y vuelve cada una á su nido, para acompañar á todas las aves y á todas las personas que á prima noche tienen la cabeza debajo del ala.

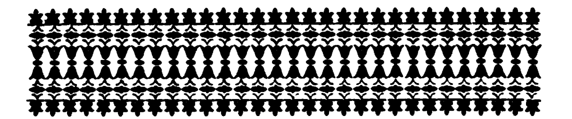
Las sociedades literarias han metido también la cabeza bajo el ala, y la pobre literatura participa del marasmo y el sueño de la capital, cuya vida social se va extinguiendo poco á poco. Los espectáculos son los

únicos que logran reunir á las gentes para constituír un público; por lo demás las visitas se hacen mas raras cada día, y es muy frecuente encontrar personas que exclaman: Yo no leo periódicos. Yo no hago visitas.

La sociedad presenta de noche en la capital los síntomas de estar cansada de sí misma, y este cansancio conduce indirectamente al incremento de la inmoralidad y de los vicios; mientras que la actividad de la vida social influye directamente en el mejoramiento de los indivíduos, en el bienestar de las familias y en la felicidad de los matrimonios.

Ojalá los encargados actuamente de la educación de la juventud, en vista de nuestra vida de noche, dedicaran una atención mas detenida á la observancia del código de sociedad creando en los educandos los hábitos de etiqueta, que son la norma del refinamiento social.


La Teoría y La Práctica



LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA.

No necesitaría más el mundo, para llegar definitivamente al término de su progreso, que aniquilar esa distancia inmensa que media entre la teoría y la práctica. Dueños de la intuición, de la inducción y del razonamiento, nos atrevemos á asegurar que en muchos y muy complicados y oscuros puntos de la ciencia humana hemos llegado á ver claro; que es á cuanto pudiera aspirar el sér pensador, si este sér, tan hábil y todo como Dios lo ha hecho, fuera capaz de hacer lo que dice.

Pero de mucho tiempo atrás el hombre da el espectáculo curioso, para mengua de sus priviligios, de decir cosas muy buenas y hacer cosas muy malas; de predicar como un inspirado y obrar como un estúpido, de enseñar lo que él mismo no puede aprender, y de practicar sin taxativa todo aquello que elocuente y sábiamente condena en los demás.

Estas ó parecidas reflexiones debe haberse hecho San Pablo cuando decía: «haced como predico y no como obro;» y desde San Pablo ¡cuántos padrecitos y cuántos maestros lo han repetido, movidos por un aviso saludable de su conciencia!

Y lo peor es que el mal, de puro viejo, es mal inherente á la especie humana, y lo llevará mientras exista hasta la tumba. Pero, afortunadamente, aunque no para la especie en general, durante esta comedia de los siglos, algunos actores se salen con la suya de representar en el mundo el papel de hombres prácticos; y es fama universal que son los que en la dolorosa peregrinación

se llevan la mejor parte de goces y de comodidades.

La filosofía y la ciencia empeñadas en encontrar verdades, han llegado á decirlas como una loma; pero por más que se amontonen unas sobre otras las verdades, las sentencias y las máximas, la mayoría de las gentes han de seguir obrando contra la lógica del sentido común, y sólo los hombres prácticos, entre tanto, son en este mundo los que sacan la mejor tajada.

Desde el yankee que hace una nación poderosa en cien años, hasta el caballero de industria que hace diez fortunas en veinte, están comprendidos todos los hombres prácticos, y no importa si los teóricos silban ó aplauden, ellos se salen con la suya.

Que maravillosa combinación de facultades morales ha sido necesario colocar en el cerebro humano para engendrar la teoría; quiere decir, el plan, el prospecto, la regla, la razón de lo que se va á hacer, el origen del hecho, la luz. No queda más que hacer, no hay más que obrar, obedecer al plan,

cumplir el prospecto, seguir la regla por la razón de lo que se va á hacer, en una palabra: practicar. ¡Qué gran conquista! ¡Albricias! Ya no hay vacilaciones, ¡á obrar! obrar es la cuestión secundaria, es la parte subordinada á la teoría. Eso es poner una piedra sobre otra piedra para hacer una casa, y esa es la tarea de los peones; el plano, el cálculo, los pesos, la resistencia, la forma y el cómputo, es lo que importa; la obra del arquitecto, esa es la teoría.

Pero hé aquí que el sér pensador en este punto importantísimo del problema, es donde se pierde el juicio, la razón, la lógica y el sentido común, y en vez de poner una piedra sobre otra para levantar la casa, rompe los planos y hace todo lo contrario de lo que manda el arquitecto.

Las teorías y las verdades se olvidan de puro viejas y el hombre sigue obedeciendo de preferencia á sus pasiones y á sus instintos. Pues señor, que la ciudad de México se hunde más y más en su fango; que la mortalidad acrece cada día, que el aire está

envenenado, que la basura y el polvo lo invaden todo, que la población se arrastra penosamente hacia el Oeste huyendo del contagio.—¡Higiene! ¡higiene! grita la teoría; ¡higiene! repiten los infestados; estamos en peligro, nos morimos, socorro! La teoría se erige en congreso de sabios que desmenuzan la cuestión, diciendo cosas magníficas, apuntando verdades como un puño, derramando axiomas claros como la luz, poniendo el dedo en la llaga con una precisión matemática, redondeando, en fin, por completo, la teoría del remedio.

¡A la práctica. Aquí está la salvación, aquí está el busilis, ya sabemos á qué atenernos. A la práctica!

Y aquí es donde esa especie de maldición que pesa sobre los mortales, muy especialmente sobre los mortales mexicanos, influye en que enmedio de la gritería y de la alarma, las autoridades se miren las unas á las otras con cara de sordo para exclamar después de todo «Pues no hay con qué.»

Un día inventa la teoría plantar un jardín en el centro de la plaza principal de México.

—Magnífico, exclaman los ediles, restregándose las manos; porque esto de hacer jardines, especialmente en el aire, es cosa propia de la teoría y de los regidores.

—Con estátuas! dice uno.

—Eso es, con estátuas en sus pedestales, repite otro muy contento.

—Y con cuatro fuentes.

—Eso, eso! con fuentes, con sus juegos hidráulicos!

—Por ejemplo, dice uno. Unos tritones sosteniendo una taza de bronce que derrame el agua por toda su circunferencia, para medio velar las figuras esculturales con un velo diáfano.....

—Como de perlas y diamantes, agrega un regidor que hace versos.

—Eso es! y sobre la taza un surtidor, que envíe sus aguas.

—Alto muy alto, dice un tercero.

—No muy alto, compadre, objeta otro

edil, porque recuerde usted que nuestra agua no tiene presión.

—Bueno, pues no muy alto.

—Hasta donde se pueda.

—Y si agregamos cuatro cisnes en cada fuente, figúrese usted compañero, qué efecto van á hacer! cuatro cisnes del tamaño natural, y como nadando en la superficie del agua trasparente de que estará rebosando el cuerpo principal de.....

—Oh, magnífico! Ya me parece que los veo. Con que cuatro cisnes en cada fuente, eh? Quiere decir diez y seis cisnes por todo. Una verdadera parvada de cisnes!

—Y si á esto agregamos las estátuas, dice un regidor amante de las artes; por ejemplo Mercurio, la Vénus púdica, la Vénus.....

—Mucho cuidado con las Vénus. Recuerde usted, compañero, que se trata de un paseo público y las niñas.....

—Esas son antiguallas: en todos los paseos públicos hay Vénus, y sobre todo las buscaremos un poco honestas.

—Pondremos flores, muchas flores.

—Pero finas, dice un amigo de Tonel.

—Finas, por supuesto.

—Y en esto de bancas?

—Ah, por de contado! bancas de fierro.

—Va á costar eso un dineral.

—No le hace; vale la pena de hacer un sacrificio.

—No es tanto lo que costará el jardín, dice un regidor muy sensato, sinó el gasto de conservación que implica un gravamen permanente para los fondos municipales.

—Lo que es eso, dice un regidor muy joven, no me preocupa. Lo que importa es que la actual corporación haga el jardín, y allá los ayuntamientos que vengan verán cómo se las componen para la conservación.

—Esto de conservar jardines con fuentes y con estátuas, es una obra de lujo para lo que se necesitan fondos y gastos permanentes, agrega el regidor sensato.

—Bueno, esa no es cuenta nuestra, replica el regidor joven; lo que importa es dejar el nombre de la corporación de este año en el jardín. Por ejemplo, si ponemos

banquetas de mármol, podemos poner en cada esquina con pedacitos de mármol negro y blanco como mosáico: «Ayuntamiento de mil ochocientos.... eh?» Qué gloria para la corporación, inmortalizará su nombre: figúrese usted, en mosáico!

Lo de la inmortalidad decide á la corporación á hacer la calaverada, y se hace el jardín.

No pasan muchos años y dos de aquellos regidores entusiastas, mas entrados en edad y mas tranquilos, contemplan con desencanto desde una de las bancas de fierro del susodicho jardín, su obra magna.

—Vea usted los cisnes, compañero.

—No me hable usted de los cisnes. Pobres animales! ahí los tiene usted hace algunos años nadando en seco, sobre su pedestal desnudo.

—Y luego que los pintaron de verde.

—Cisnes verdes! Para figurar que son de bronce.

—Qué bronce ni qué nada. Están asquerosos, llenos de polvo, y de telarañas, y algunos rotos, y á todos se les vé el zinc;

porque el pueblo, que convierte el brocal de la fuente en banca, les ha perdido el respeto por viejos y feos, y los manosea á su sabor.

—Vea usted, las estátuas.

—Nadie les pone la mano hace años; el polvo se ha acumulado sobre ellas y están detestables, causan lástima.

—Y recuerda usted en la discusión, compañero, cuando se decía que el objeto de las estátuas en los paseos públicos era educar la vista del pueblo, despertar el amor á las bellas artes, familiarizar á las gentes con las obras maestras de la escultura antigua.

—¡Quién nos había de decir que las habíamos de ver convertidas en espantajos de chilar! Vea usted compañero qué chorreones tiene aquella Vénus en los muslos, y qué cara la de la otra: ya no se le ven los ojos.

—Y las calzadas? Vea usted compañero están tan sinuosas como camino carretero. No han vuelto á ponerles la mano, y los guijarros se asoman á la superficie para lastimar los piés de los paseantes.

—¡Y dónde me deja usted el mármol de las banquetas!

—Como tienen eternamente una capa de tierra encima, los piés de los transeuntes lo despulen de día y de noche hasta adelgazarlo. No durará un año más.

—El mármol quiere aseo.

—Y las flores cultivo.

—Y las fuentes agua.

—Y los paseos dinero.

—¡Cuánta distancia hay, compañero, entre la teoría y la práctica!

Esta lamentación del regidor, que es también la nuestra, tiene su razón de ser en todas las cosas, así públicas como privadas, y hasta en las de más facil aplicación.

El arte de escribir, por ejemplo, es una muestra. Creen ustedes que todo el que ha aprendido á escribir escribe? No señor, la mayoría de los que aprenden á escribir en la escuela, no vuelven á escribir sino cuando no se pueden escapar de hacerlo. No nos escribe un amigo ausente, porque, según su propia confesión, «es muy flojo para

escribir,» no le contesta á usted su esquela de convite el señor N. porque no tiene á mano el tintero. Le manda á usted algún recado verbal, que el criado se encarga de tergiversar, y pone H. á su criada al tanto de una poridad de familia por no escribirle á usted un recado. La mayoría de las señoras viven y mueren sin haberle escrito más que á su novio. De todo lo que se gana en la escuela, lo primero que olvida el educando, después de los premios, es la ortografía, porque generalmente no vuelve á practicarla.

Decididamente estamos destinados á vivir en el mundo sin salvar nunca la distancia que hay entre la teoría y la práctica.




PARÁBOLA DEL TRABAJO



PARÁBOLA DEL TRABAJO.

El hombre, como protagonista del drama de la vida, apenas se presenta en la escena del mundo, encuentra formados en semicírculos, á derecha é izquierda como los coristas de la ópera, á todos los personajes que han de acompañarle sobre las tablas, y que no le abandonan sino cuando ha caído el telón y se ha apagado el gas.

El hombre dirige la vista preferentemente á los personajes de la izquierda, y encuentra caras que le parecen conocidas de mu-

cho tiempo atrás; nadie le ha presentado á aquellos personajes, pero los conoce á todos, le son familiares, y su presencia no le sorprende.

La mas inmediata es una joven de fisonomía austera, de mirar resuelto, de ademanes imperiosos, y está armada su diestra de un puñal agudo de que no se separa nunca, porque acciona con él como para manifestar que cada una de sus órdenes ha de ser cumplida irremisiblemente so pena de la vida. El hombre se le acerca con complacencia; no le intimida la punta de aquel puñal envenenado, porque sabe muy bien que nunca ha de desobedecer los mandatos de la que lo blande, por más que su ceño sea de una severidad inexorable. Esta joven está casi desnuda, y sus atributos son un haz de espigas de trigo, y una ánfora con agua y no lleva más adorno sobre la cabeza que un reloj de arena.

La acompaña, ó mas bien la sigue un angel de rostro apacible de enormes alas blancas, coronado de adormideras que pro-

yectan una sombra constante sobre su frente, como para defender sus ojos entreabiertos de la luz reverberante del sol.

Á la derecha del protagonista hay un personaje cuya importancia es tan manifiesta, y cuyo poder es tan grande, que se le considera como el rey entre todo el elenco. Lleva efectivamente un cetro en forma de zapapico, y en la otra mano el mundo. Si se examina el trono sobre el cual permanece de pié, en lo cual se diferencia de todos los demás reyes que se sientan en él tan cómodamente, se nota que está formado de todos los instrumentos conocidos: desde el martillo del cíclope, hasta la herramienta moderna.

No es éste el único trono que hay á la derecha. Se percibe otro, resplandeciente de luz y de belleza; de él emana toda la claridad que hay en la escena. Y en él, se asienta una diosa coronada de resplandores, de mirada dulce, de frente noble y espaciosa, y de cuyas manos, brotan á raudales todos los bienes y todas las esperanzas. El prota-

gonista reconoce en ella la Ciencia. No tiene, como Júpiter, los rayos en la diestra para lanzarlos contra los mortales, sinó á sus piés para unir á los hombres con lazo fraternal.

Un tercer personaje viene en seguida, coronado con un casco de nieve; una palidez mortal cubre todo su cuerpo con tintas verdosas y frías, y su fisonomía es no menos imperiosa que la de la dama del puñal, sus ademanes son resueltos y rudos. Lleva las tijeras de la Parca Atropos en una mano, y en la otra una lanza enorme de donde pende un vellón de lana.

Estos son los tres principales personajes del grupo de la izquierda, y los cuales siguen de cerca y sin abandonar al protagonista, sinó á cortos intervalos, durante toda la representación. Por lo demás, figuran al lado de éstos, después del conocidísimo Cupido á quien no hay necesidad de describir y cuya presencia es de suponerse tratándose de la vida, otros personajes secundarios pero en número tal, que forman un grupo

cuyos límites se pierden entre bastidores.

No bien ha comenzado el hombre la carrera de su vida en el escenario inmenso, cuando al lado de los personajes de la izquierda, que representan, como se ha visto, sus necesidades materiales, sus necesidades imperiosas, de comer y beber, de dormir y de cubrirse, van apareciendo otros personajes que pertenecen al orden moral, y que van á ponerse en guerra perenne contra el protagonista. Junto á la diosa del puñal envenenado que lleva por atributos el pan y el agua, aparecerá, á guisa de bufón caricaturesco y contrahecho, la gula, con extravagantes seducciones; la embriaguez manejando un veneno sutil que mata el alma antes de matar el cuerpo; y como séquito infernal, las más veces invisible, las pasiones, que deben cambiar de traje y de maneras según la escena lo requiera; la envidia, los celos, la lujuria, el juego y numeroso acompañamiento.

Comienza la representación, y el hombre inclinado siempre al lado izquierdo, ha-

ce amistad con la gula y con el lujo. La decoración toma entonces un aspecto fantástico: explédidas mesas de banquetes, cubiertas con los manjares mas exquisitos y con los vinos mas preciados; la türba estruendosa de los placeres danzando al compás de las orquestas, y mujeres hermosísimas luciendo sus encantos y sus galas!

El hombre deslumbrado ante aquel espectáculo encantador, se inclina más y más hacia la izquierda; pero en el momento de dar un paso, tropieza con una reja de hierro gigantesca que no puede franquear, lucha en vano con los hierros colosales y la recorre en toda su longitud como las fieras en la jaula.

Llama en vano á los placeres, al amor, al lujo á todos los que pasan mas próximos á su barrera infranqueable; pero nadie lo ve, nadie le responde, todos gozan y son felices en aquel festín y no se ocupan del miserable que los llama y cuya voz se pierde en el estruendo de los coros y de las risas.

Vuelve la cara en torno suyo; retrocede

algunos pasos y busca otro camino. Percibe á la Ciencia, á aquella reina resplandeciente de belleza y de bondad, ella se apiada del desgraciado, tiene una sonrisa tan llena de clemencia, una frente tan noble, una mirada tan profunda, que el hombre se lanza por la senda que vé abierta á sus piés.

La decoración ha cambiado al son del pito del consueta del teatro. ¡Qué senda tan árida! ¡qué camino tan difícil y tan largo! Á medida que se avanza se alarga más y más, y el trono aquél resplandeciente de luz, casi se ha perdido en lontananza desde donde envía aún sus pálidos reflejos como una estrella.

El hombre se detiene, vacila, y vuelve la vista en torno suyo. La decoración cambia de nuevo. Ahora representa una especie de tabernáculo compuesto de piedras preciosas que lanzan millones de rayos de luz de todos los colores. En el centro está una diosa sentada sobre una roca, y á sus piés brota un raudal de oro y otro de plata corriendo y despeñándose en vistosa cascada,

hasta llegar á una profundidad inmensa, donde se agita una multitud compacta de gentes de todos los pueblos y de todas las edades del mundo: unos están arrodillados, otros han clavado las manos en la catarata de oro y no pueden moverse; aquéllos besan el metal con arrobamiento, otros lo guardan con avidez en los bolsillos.

Los que más se acercan al manantial son los reyes, reyes de todos colores, reyes vestidos de púrpura, y reyes de frac negro, reyes de cartón y reyes de palo: todos juntos, todos confundidos. Un coro de vírgenes que arroja sus palmas y sus coronas para tocar la cascada con las manos y con la frente; coros de hombres que se han ocupado en traer hasta allí, cargándolas con mil trabajos, su honra y su conciencia, para arrojarlas en el manantial aurífero. Coro de criminales que traen aún la ganzúa y el puñal con que se abrieron paso. Otro coro de seres venerables, de mirada tranquila, de andar mesurado, de frente limpia, pero húmeda aún de sudor, y de manos encallecidas,

no se mezcla con la multitud que se precipita y se enloquece.

El hombre va á lanzarse á aquel torbellino humano que apaga su sed en la cascada de oro, y emprende el camino. El maquinista del teatro ha recibido la señal, y cambia la decoración: otro camino árido y escabroso se presenta á los piés del hombre, y la aparición de la riqueza con tabernáculo y catarata de oro, se aleja y casi se pierde en el horizonte.

El hombre se para contemplando los abismos que lo separan de la ciencia y de la riqueza; y mientras mide con la vista aquellas enormes distancias, sintiéndose débil y desvalido para emprender peregrinación tan larga y tan difícil, los placeres y las pasiones, y los vicios, lo llaman al través de la reja colosal que no puede franquear.

Lleno de desesperación por su impotencia y su debilidad se sienta y llora.

El maquinista amenguando la luz en el escenario hace dasaparecer todas las visiones. El hombre al levantar la cabeza se en-

cuentra solo, y entre la oscuridad de la escena no distingue más que una sola figura. Es la del primer personaje que hemos descrito; es la joven que lleva el haz de trigo y la ánfora de agua. Es la primera de sus necesidades.

El hombre procura levantarse para dirijirse á su única compañera; ella le llama á cierta distancia, con su ademan imperioso, pero el hombre no puede moverse. Entonces piensa con horror en el puñal que blande la diosa y lanza un grito.

Un hombre aparece en la escena y se le acerca poco á poco, él no lo conoce, pero el público sabe que es aquel rey que apareció á la derecha, que llevaba el mundo en una mano y un zapapico en la otra.

—Levántate, exclama, yo soy tu salvación, yo soy el precio de la vida, yo soy tu destino y tu providencia, tu guía mas seguro, tu mas cariñoso compañero, tu amigo mas fiel, mas agradecido que los hombres, mas generoso que la prodigalidad. Yo soy el escudo contra los vicios, la fuente de to-

dos los bienes, yo doy paz al alma, tranquilidad á la conciencia, pan blanco y seguro para el sustento, sueño reparador y tranquilo al fatigado. Yo tengo las llaves de la reja que no podías franquear, yo puedo conducirte al través de las escarpadas sendas en que no pudiste dar ni un paso, yo puedo hacerte llegar hasta el manantial aurífero que te deslumbra y al templo de la ciencia. Yo sólo puedo conducirte á la felicidad, porque soy la bendición de Dios sobre la tierra.

—Quién eres y cómo te llamas?

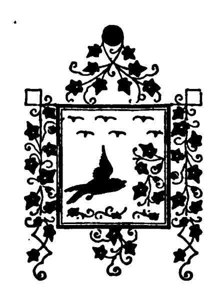
—El trabajo.

Cuando el drama ha llegado á esta escena, el hombre ha encontrado su mejor amigo, el mejor guía en su desamparo y su impotencia; pero en cualquiera de los mil caminos que elija, ha de tener por compañeros de viaje otros personajes que no se habían presentado en la escena, y que por humildes y oscuros suelen no ser muy conocidos del público.

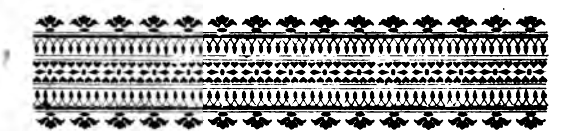
Estos personajes son la Inteligencia, el

Ahorro, la Economía y la Perseverancia.

Cuando el hombre emprende la jornada con tales compañeros, sin separarse de ellos ni un momento, llega, cumpliendo su misión, al goce de la verdadera felicidad sobre la tierra.




EL COYOTE
EN LAS MÁSCARAS



EL COYOTE EN LAS MÁSCARAS.

SALÍA don Antonio de su misa de doce el domingo pasado por la puerta de la espalda de la Catedral, envuelto en su capa española, y se dirigía con tardo paso hacia su casa, cuando se encontró de manos á boca con un amigo viejo que, abriendo los brazos, exclamaba: ¡Antonio, Antonio, cuántos deseos tenía de verte! Cómo te vá, mi buen camarada?

—Coyotito! exclamó don Antonio, dejándose abrazar y sin tiempo para desembozarse.

Coyote era el apodo de colegio de un condiscípulo de don Antonio y amigo de aventuras allá en sus mocedades.

Como el Coyote venía de Morelia, en donde se ha dedicado hace algunos años á la agricultura, estaba gordo, quemado, fuerte y rico: y don Antonio, como se había radicado en México, y además era empleado, estaba avejentado, pálido, débil y pobre.

—Qué tal? preguntó el Coyote lleno de júbilo, queriendo concretar en ese «¿qué tal?» las mil preguntas que se le venían á las mientes.

—Ya lo ves, pasando la vida como se puede.

—¡Tienes familia por supuesto!

—Sí, hombre.

—Mujer y....

—Cinco niños.

—¡Cinco! ¿eh? vaya, hombre, vaya cuánto me alegro!

—¿Y tú?

—Ya te contaré despacio, aventuras, ya

sabes que yo soy así, ya podrás imaginarte.

—El Coyote de siempre, dijo don Antonio con ojo alegre.

—¿A dónde vas?

—A casa.

—Es que ahora me perteneces por completo, y ten entendido que no te suelto hasta la víspera de viaje.

—Pero, hombre mi mujer, mis hijos....

—Déjalos un poco por mí; vale que esto no es todos los días, y además, tantos años de no vernos, nosotros, los inseparables en el colegio, y en todas partes, ¿te acuerdas?

—Sí, bien me acuerdo, exclamó D. Antonio lanzando un suspiro, que le pareció de muy buen agüero al Coyote.

Este apodo, pasando los límites de las aulas y los años de los cursos escolares, era inseparable de aquel sujeto, especialmente entre sus contemporáneos, quienes no le llamaban de otra manera; y aún hay personas en la actualidad, como nosotros, que

nunca supieron el nombre y apellido del Coyote.

Gavarni tenía razón y lo probó con su lápiz admirable: en las líneas de la humana fisonomía están confundidas las de la mayor parte de los animales; pero hay caras mas zoológicas que otras. La del Coyote era una de ellas, sus ojos propendían á tomar la oblicuidad de los de la raza asiática, y eran extremadamente vivaces; su pelo era áspero y lo usaba corto; la parte superior de las orejas se desviaba también oblícuamente, y por último, lo aguzado de su barba y un bigotito cerdoso, acababan de completar un contorno que explicaba la propiedad del apodo.

—Con que ya sabes que no te suelto; vamos á tu casa y yo le explicaré á tu mujer, con mucho gusto, que teniendo hambre de verte y de hablar contigo muy largo, te tomo por mi cuenta.

No hubo remedio, D. Antonio accedió; porque cuando el Coyote disponía algo era

preciso obedecerle. Este había sido el carácter de la intimidad entre aquellos dos amigos de infancia.

Llegaron á la casa de D. Antonio, bien humilde por cierto. Los recibió Chole, la mujer de don Antonio, una santa señora que como aseaba la casa y lo hacía todo, estaba con delantal y envuelta en un rebozo.

No así las hijas. Eran dos pollas que salían en ese momento á dar vueltas en el Zócalo: llevaban vestidos de raso color de hueso una, y azul cielo la otra, sombreros con plumas y otros adminículos, extraídos como por milagro de las exíguas quincenas de don Antonio.

—Qué guapas son tus hijas! exclamó el Coyote.

—Raquel y Betzabé.

—Bonitos nombres!

Las pollas saludaron y salieron á guiñar el ojo á sus novios que las esperaban en el Zócalo.

La facundia del Coyote fué contundente para Chole, que apenas sabía hablar, y convino á más no poder en que su marido comiera aquel día en la fonda con su amigo de infancia.

D. Antonio se sentía rejuvenecer al contacto del Coyote, cuya sola presencia renovaba los recuerdos de la juventud; tanto que le empezó á parecer muy pesada su capa española, y se puso una levita, y se acomodó una corbata de raso casi nueva que le había regalado su mujer.

—Eso es, le dijo ésta, es necesario que vayas decente; qué diría tu amigo de verte envuelto en la capa como un viejo!

Animado don Antonio, se atrevió á pedirle á su mujer algún aroma para el pañuelo.

*
* *

El Coyote eligió para almorzar un gabinete en la fonda del Bazar.

El pobre de don Antonio, reducido á sota, caballo y rey, quiero decir, á caldo, sopa y puchero hacía años, vió con placer los rabanitos y la mantequilla y todo aquel aparato que prometía un almuerzo opíparo, porque el Coyote era garboso. Cuando llegaron á la fonda ya habían pagado el inevitable tributo á la cantina de Plaisant, circunstancia que contribuyó, y no poco, á la expansión de don Antonio.

—Pues aquí me tienes, chico, que vengo á pasearme y á darme gusto.

—Haces muy bien, hombre, ya que puedes...

—Y vaya si nos vamos á dar gusto, Antonio! Es cosa que en el camino venía pensando: como encuentre á Antonio él será mi compañero de aventuras, porque por cambiado que esté, yo estoy seguro de que no hace más que verme y alegrarse.

—Y ya se ve que sí. Si me siento otro.

—Cuánto me alegro.

—Llevo una vida tan triste y tan monótona.

—Pues nada, chico, á desquitarse, vamos á echar una cana al aire y á volver á nuestros primeros tiempos. Oye; no lo has de creer, pero he hecho el viaje, casi exclusivamente, por ver en México un baile de carnaval.

—Hombre! piensas ir al baile?

—Piensas ir! Iremos.

—Pero si yo no bailo ya, ni...

—Nada! no admito disculpa. ¿Qué quiere decir echar una cana al aire?

—Pero oye, eso es ya más que una cana.

—Lo que quieras; pero vamos al teatro.

—Y mi mujer?

—Tu mujer! Corre de mi cuenta como ahora.

—Como que me sorprendió ver la facilidad con que consintió, porque has de saber que es muy celosa.

—Tanto peor para ella.

—Pero cómo vas á componértelas?

—Muy sencillo; para alejar toda sospe-

cha, desde ahora la prevenimos de que el martes vas á acompañarme á Toluca, ó á cualquier parte. Tenemos todo el día para disponernos, y el miércoles de ceniza para dormir; y como en la tarde le llevamos á tu mujer unos chorizos y una mantequilla, acabará por quedar enteramente tranquila.

—Pero hombre, la oficina....

—Constipado al canto, bronquitis, ó lo que gustes.

No había remedio: las palabras del Coyote eran todas órdenes para don Antonio. Sobre todo empezaba á adquirir un encanto irresistible la tentación del baile, porque de muchos años atrás don Antonio se había limitado en días de carnaval á llevar á su familia á la calle de Vergara á oler las máscaras, y ahora la escena iba á cambiar completamente; pensaba, yendo disfrazado bien puedo permitirme.... que diablo, dice bien el Coyote!

El almuerzo fué opíparo, don Antonio comió á reventar. Hacía años que no comía

tanto, y como el Coyote mandó servir champagne helado, don Antonio acabó por transar completamente con todos sus escrúpulos.

*
* *

El Coyote, si no tenía la práctica, conocía perfectamente la teoría desde Morelia, pues comenzó por tomar un cuarto en el hotel del teatro, por alquilar dos pierrots y por preparar una agradable sorpresa á su amigo don Antonio.

Chole, por supuesto, estuvo deferente. Como su marido, no podía negarle nada al Coyote. Era tan insinuante, tan fino y sobre todo tenía un talento tal para imponerse, que su satisfacción favorita era salirse siempre con la suya.

Mientras Chole arreglaba la maleta de

viaje para el mártes, las niñas Raquel y Betzabé, se entretenian en analizar los regalos de aquel señor, cuyo verdadero nombre ignoraban todavía, pues sólo por lo bajo se atrevían á decir refiriéndose á él, «ese señor á quien mi papá le dice Coyote.»

Cuando don Antonio y su amigo llegaron al cuarto del hotel, el mártes en la mañana, lo primero que vió don Antonio sobre la mesa fué los chorizos y las mantequillas para Chole.

—A ver, qué te parece ese pierrot, dijo el Coyote.

—Excelente, hombre, es el traje mas cómodo.

—Hoy conviene que no nos demos á luz. Comeremos aquí y platicaremos porque tengo muchas cosas que contarte.

Así lo hicieron, y fué tal el número de aventuras que el Coyote le refirió á su amigo, que la conciencia de éste acabó por alborotarse, y sintiendo un nuevo caudal de

vida y de alegría, que hacía mucho tiempo no probaba, se decidió á hacer el calavera y no desdecir de sus antecedentes juveniles al lado del Coyote.

A eso de las nueve de la noche salieron en un coche los dos amigos disfrazados de pierrot, y se dirigieron á una calle; no importa cuál, porque á don Antonio le era igual; estaba dispuesto á dejarse llevar por el Coyote hasta el quinto infierno.

Bajaron del coche y entraron á una casa, donde los esperaban dos máscaras hembras. Pero qué máscaras! una tenía unos brazos esculturales y un pecho de alabastro; la otra una pierna y un pié, enteramente español; era una maja, pero con un salero legítimamente andaluz, tan andaluz como si don Antonio acabara de entrar á Andalucía.

Ya tenían puestas las caretas ¡qué lastima! pero no, pensó don Antonio, han de ser bonitas y si no lo son no les hace falta, con un brazo basta.

No necesitó elegir don Antonio. El Coyote había dado el brazo á la de los brazos esculturales y don Antonio se sintió enteramente satisfecho con la andaluza.

Llegaron al teatro. Cuánta luz, cuánto ruído! cuántas máscaras! La música! las flores, los aromas embriagantes! Qué tropel de ilusiones! qué perspectiva de placeres! qué deslumbramiento, qué felicidad!....

Todo esto lo espresó don Antonio estrechando convulsivamente contra su costado el brazo de su andaluza, quien sin más preámbulo tomó á su compañero en actitud de danza habanera, bailada en mártes de carnaval por una máscara que podía muy bien ser andaluza de nacimiento, y con residencia en la Habana, tierra de cuyo calor húmedo nació la danza una noche á la luz de las luciérnagas.

Don Antonio llegó hasta el vértigo de la felicidad.

El Coyote también. Después de haber probado aquellas máscaras que sabían bailar, pretendieron probar que sabían beber.—Yo

también, dijo don Antonio en voz de falsete, en una voz que le disonó tanto á él mismo, que se propuso formalmente elegir otro diapasón si había de seguir hablando como máscara. Las dos parejas se dirigieron á la cantina á tomar champagne, y no era aquélla la primera libación, al grado que cuando don Antonio sintió el cambio de atmósfera entre el salón y el vestíbulo, sintió también que el terreno comenzaba á faltarle; pero lo atribuyó á la fatiga de la danza.

Sediento como estaba, apuró con fé, y casi sin interrupción, tres copas de champagne, y se sintió tan animado que empezó á hablarle de amor á la andaluza, sacando á lucir todas sus frases galantes, todas sus hipérboles, todas sus flores, que como restos inútiles de una juventud agostada ya, dormían «en un rincón de la memoria echados.»

En un momento no sé porqué fatal atracción, fijó la vista en una joven que acababa de quitarse la careta para apurar un ponche

caliente, á instancias de un galancete que no llevaba disfraz.

Un temblor convulsivo se apoderó de todos los miembros de don Antonio. La joven que tenía delante era su hija Betzabé!....

—¡Mira! le dijo al oído al Coyete. ¡Es mi hija!

El Coyote lo tomó fuertemente del brazo:

—Te equivocas. Se parece mucho y eso es todo.

—¡No!.... ¡es ella, es ella! ¡es su voz! ¡es mi hija! ¡Déjame!

—¡No!

—¡Déjame!

—¡Imprudente, callate!

—Déja...me, aulló don Antonio haciendo un esfuerzo tan desesperado, que al desprenderse del Coyote cayó al suelo como un cuerpo muerto....

El Coyote se apresuró á levantarlo: hubo un pequeño tumulto, al que acudieron varios gendarmes, quienes inmedia-

tamente ayudaron á llevarse á aquel borracho.

***

A las dos de la tarde del miércoles despertaba don Antonio después de un sueño horrible, en el que las imágenes de su mujer engañada y de su hija mancillada, habían acabado por trocar en desazón, en amargura y en remordimiento aquellos fugitivos momentos de un placer imposible.

En cuanto al Coyote, lo había hecho como lo ofreció; había gozado sin tregua, no había probado el sueño.

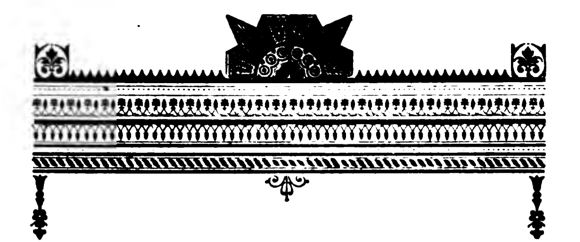
En la tarde, don Antonio había envejecido diez años; estaba horriblemente conmovido y le parecía el más amargo de los sarcasmos entrar á su casa con el alma hecha pedazos, y llevándole á su mujer los chorizos y la mantequilla que le había traído de Toluca.

Don Antonio sigue enfermo hasta hoy.

y no tiene más idea fija que cerciorarse de si efectivamente su hija Betzabé estuvo en el teatro, ó si fué una visión del Champagne, que en todo caso le servirá para no volver á juntarse con «el Coyote en las máscaras.»




DECADENCIA DEL CARNAVAL.



DECADENCIA DEL CARNAVAL.

LAS costumbres tradicionales se perpetúan trasmitiéndose de generación en generación á las masas populares que no discuten ni razonan y que jamás pondrán en tela de juicio sus propios usos y costumbres. Así, desde luengos siglos acá, han pasado de mano en mano la tarasca, la matraca, la careta y los cascarones. El pueblo se cree en el deber de divertirse y de hartarse cada vez que la época prefija

pone en sus manos alguna de esas misteriosas alegorías. Pero por qué se cree en ese deber? él mismo no lo sabe, y todo el que pretende explicárselo se conforma en repetir que el pueblo cede á la fuerza de la costumbre. Y realmente el pueblo no hace otra cosa; y esta fuerza de la costumbre es tal, que se convierte en deber ineludible y de aquí la perpetuidad.

Nuestra gran conquista política tuvo que herir en muchos casos la ley de la costumbre; pero esta ley, que es ciega y sorda de nacimiento, se abre paso á través de la reforma misma y restituye su esplendor á ciertas fiestas, vuelve á recobrar el equilibrio y prevalece y triunfa definitivamente.

¿Por qué, pués, el carnaval languidece y muere en México sin que nadie lo ataque, sin estar en pugna con la reforma y á pesar de la fuerza de esa ley imperiosa de la costumbre? ¿Porqué, siendo palpable y manifiesta la reacción de la costumbre á propósito de todas las demás fiestas, que de alguna manera se relacionan con el culto católico,

el carnaval, que subsiste con todos sus episodios legendarios en Roma, en París y en muchos pueblos de Europa, languidece y casi se acaba en México?

¿Será porque, considerado el carnaval pecaminoso, la sociedad lo rechaza porque se moraliza? No. Es porque la sociedad está cansada de divertirse? No; supuesto que acude en masa á ver si hay máscaras. ¿Dónde están las máscaras, se pregunta, dónde? El carnaval ha muerto. ¿Por qué? Nadie lo sabe.

—Ha caído en desuso, dicen unos.

—No hay esperanza, dicen otros, esto se acabó para siempre. No ha habido máscaras este año ¡que carnaval tan triste!

Procuraremos averiguar por qué languidece y se acaba el carnaval.

Esta diversión que, como sabemos, existe en todo su vigor en otras partes, se considera por lo que toca al culto externo de la iglesia católica como la despedida de la carne; despedida un poco estrepitosa, que manifiesta el pesar con que de la carne se

despiden los que van á entregarse á la vigilia, y que, supuesta la prescrita abstinencia, se permiten asir doble y triple bocado durante el carnaval.

Como costumbre el carnaval ha sido trasmitido hasta nuestros días desde las Bacanales. Pero en el fondo de todo, y prescindiendo de su simple aspecto, como fiesta popular, el carnaval, es una de las diversiones mas espirituales, que ni se concibe ni es posible sin suponer préviamente en la sociedad ciertas condiciones de educación, de cultura y de bienestar; y hé aquí dónde está el «busilis.»

Supongamos una sociedad en la cual cada una de sus mitades conoce en mucha parte los secretos de la otra recíprocamente; pero que la conveniencia social y otra porción de consideraciones impide á cada una revelar, ni hacer uso ostensible de un secreto, durante once meses del año. Dénse por subsistentes además todas las afecciones recíprocas, todas las relaciones lícitas é ilícitas, todos los parentescos y todos los lazos

y vínculos que unen á las gentes; mézclese á todo esto una dósis conveniente de bonhomía, otra de educación, otra de ingenuidad y de deseo sincero de divertirse sin escándalo y sin vicios; póngase la parte conveniente de esprit y de talento; y una vez juntos todos esos elementos, y todos subsistentes, suprímase la personalidad por medio de la careta, y se tendrá la diversión mas social y mas espiritual á que pueda aspirar el mundo culto y elegante. Concíbase un máscara con la dósis suficiente de educación de discreción y de prudencia, de moderación y de talento, de honradez y de sinceridad, capaz de hacerlo formar el plan de disfrazarse con el objeto de hablar con sus amigos, excitar su curiosidad, tocándoles puntos que promuevan interés y empeño en conocer al disfrazado, pero sin herir á nadie, sin tocar cuestiones de honor, ni publicar secretos vergonzosos, sin lastimar los sentimientos, sin provocar un lance, sin ser grosero ni abusar de la careta.

Concíbanse máscaras capaces de bailar

con las señoras sin llevar las licencias del baile, ya un poco liberales, mas allá de lo què prescribe el código de la decencia.

Concíbase una sociedad en estado de divertirse inocentemente, porque la educación y el respeto público están difundidos de tal manera, que con sólo las precauciones que aconseja la prudencia puede un padre de familia garantizar el éxito feliz de una diversión brillante y por mil motivos atractiva.

Concíbase una reunión de cuatro mil personas en la que predomine la gente distinguida, culta y de buena educación, manténgase el termómetro del carnaval á la temperatura de las conveniencias sociales, y el carnaval será la prueba mas palpable del refinamiento, del progreso y de la cultura pública.

Empezamos á comprender por qué se acaba el carnaval. Para satisfacción de nuestros abuelos y para vergüenza nuestra, recordamos que no hace muchos años, concurría al Teatro Nacional lo mas granado de la sociedad mexicana; que las primeras

y mas distinguidas familias ocupaban los palcos primeros, los intercolumnios y muchos de los segundos, disponiendo precisamente del cuarto anexo al palco que hacía las veces de tocador y de bufet; que los coches se instalaban en las calles inmediatas al teatro, que se convertía en tales noches en una espléndida reunión de familias honradas, que gozaban de los encantos del baile de disfraces. ¡Ya se vé, era aquello en los benditos tiempos en que todavía las negras de la Habana no nos habían enseñado la danza, y en que la autoridad pública prohibía á los franceses, únicos que lo sabían, bailar el «cancán!» Era un tiempo en que ni la palabra llegaba al oído de las niñas, y sólo los calaveras la pronunciaban por lo bajo, haciendo alusión al género de cuadrillas que algunos peluqueros borrachos empezaron después á bailar á las tres de la mañana, cuando la mayor parte de las familias habían desaparecido. Eran, en fin, aquellos tiempos en que la prostitución estaba representada tan pobremente, que las

mujeres públicas, pertenecientes á la hez del pueblo, no podían, aunque quisieran, confundirse ni por un momento con las señoras. Aquéllos eran los buenos tiempos del carnaval, en que se organizaban comparsas de ambos sexos, que bailaban y cenaban juntas en el teatro, que recorrían las calles, y eran recibidas en las casas particulares para constituír un baile que nunca acababa á puñaladas sino con la consabida voz de «abajo caretas.» ¡Y las máscaras de la comparsa se las quitaban! Podían dar la cara después de las bromas. Habían manejado lo mas delicado y difícil de manejarse: la chanza, arma que no es dado manejar sin peligro sino á las personas de buena educación.

Todos estos son los elementos indispensables de una sociedad para entregarse á los placeres del carnaval sin hacer degenerar esta diversión en una orgía desenfrenada. Faltando estos elementos, el carnaval se desnaturaliza, languidece y toma las proporciones de una bacanal; el teatro no es el concurso de las familias honradas, sino sim-

plemente una reunión de hombres y mujeres, que ni aún vigilados de cerca por la policía pueden reducirse á un orden pasadero. Ya lo vemos despojarse de año en año de su carácter alegre y de los atractivos, á los cuales sin peligro de la moral pueden ceder los padres de familia. La sociedad se retira en masa de los teatros, cediendo su puesto á las hijas del placer, que son ahora las que se creen llamadas en primera línea al foco de la corrupción. Los bailes de máscara son hoy la reunión pública de esas señoras con un cupo de hombres que saben á qué atenerse en materia de bailes de disfraces, y de disfraces de baile. La concurrencia, pues, á tales espectáculos, va asumiendo cada día un carácter infamatorio, y la condición esencial para permitirse esa diversión es no tener nada que perder.

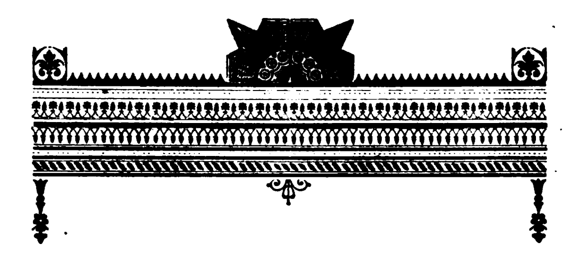
La decadencia, pues, del carnaval, es una señal inequívoca de decadencia social. Indica que la mayoría honrada ni aún pretende luchar por conservar su puesto, que cede sin esfuerzo á las clases degradadas, en cuyas

manos vendrán á parar exclusivamente las caretas y los disfraces.

Muchos años han de pasar para que asome la reacción de las antiguas costumbres; y eso si la sociedad honrada hace esfuerzos para rescatar sus fueros. De otra manera, el carnaval acabará definitivamente, porque cada día irá siendo mas y mas incompatible con la moral y las buenas costumbres.




LA ASOCIACIÓN
gregoriana.



LA ASOCIACIÓN GREGORIANA.

Esta sociedad existe desde el año de 1866 y está compuesta de todos los indivíduos que pertenecieron al Colegio de San Gregorio hasta su clausura. El primer aniversario de su instalación se celebró el día 12 de Marzo de 1866 con un banquete á que concurrieron más de trescientos gregorianos. Esta reunión tuvo un carácter especialísimo, porque se juntaban bajo un mismo techo, después de algunos

años, y después de muchas vicisitudes, ya en edad madura, todos los antiguos compañeros de colegio.

En ninguna otra reunión podría hacerse mas patente ni la versatilidad de la fortuna, ni la diversidad de caracteres y aptitudes en un grupo determinado de la sociedad. Se sentaron á la misma mesa el abogado y el pintor, el músico y el general, el propietario y el dependiente, el presbítero y el libre pensador, el alto magistrado y el desheredado de la suerte.

La sola inquisición confidencial que tenía por objeto enterarse de la posición social de cada cual de los presentes, dividía á aquella reunión en pequeños y grandes grupos, animados todos con una charla llena de emociones y novedades, de sorpresas y congratulaciones. Renacían los afectos de colegio, se exhumaban los apodos perdidos, se recordaban las travesuras, se abrazaban con efusión, perdiendo su natural gravedad, dos eminentes jurisconsultos, ó dos adversarios políticos; volvían á encontrarse dos

condiscípulos compañeros en travesuras y vida de colegio, trasformados uno en general del ejército y otro en músico de un regimiento.

Se mezclaban con agradable sorpresa, respecto á algunos indivíduos, la antigua idea de un «perdulario» ó un «modorro,» con la fama y el renombre actual y la alta posición social del trasformado. Los recuerdos de la primera juventud que tienen siempre para el hombre maduro tantos encantos íntimos, y sobre los que cavila aisladamente cuando empieza á vivir de su pasado, se evocaban en grupos, en coro, de mancomún; como retrocediendo todos juntos, al amor de las memorias juveniles, á las horas de colegio, que se perdieron para siempre.

Tal cúmulo de impresiones y de sentimientos, cerrando un paréntesis de veinte años, y tal exhuberancia de recuerdos, no podían menos de formar el elemento moral indestructible de una asociación.

Al calor del sentimiento que renacía en aquellas almas que se habían amado jóve-

nes, y con todo lo que aquellas efusiones tenían de sinceras, brotaban naturalmente la bondad y la filantropía; porque la intuición moral en todo lo que tiene de pura, acerca al hombre á la justicia, y la justicia es á su vez condición inherente de la perfectibilidad.

Resaltó el desnivel sensible en las fortunas, y los socios nos cuotizamos. Desde entonces nos reunimos cada día 12 de Marzo, y desde entonces estamos los gregorianos socorriéndonos los unos á los otros. Ningún gregoriano ha invocado inútilmente hace diez y ocho años á la asociación, y los recuerdos de colegio han producido ya algo más que sueños del pasado.

Como es muy natural, año por año ha ido disminuyendo el personal de la asociación, al grado que este último día 12, no hemos podido reunirnos más de sesenta. Han muerto catorce socios el año pasado.

En esta proporción, y aún sin contar con que por razón de la edad la disminución será progresiva, esta sociedad está destinada á

desaparecer dentro de breves años, no por la razón porque desaparecen generalmente entre nosotròs las asociaciones, sinc por la razón mas poderosa de todas: por la muerte; á menos que empiecen á ingresar desde ahora á la sociedad los hijos de los gregorianos.

Previendo el fin de la asociación, nuestro último banquete ha asumido no sé qué carácter de melancolía y de grave contemplación al oír la lista de los muertos. Yo propuse que se deposite una botella de vino destinada á «los dos últimos gregorianos» que comerán juntos un 12 de Marzo de no sabemos qué año, y en vez de nombrar mesa directiva, como lo hacemos al fin de cada banquete anual, guardarán el libro de actas y el archivo de la sociedad que habrá terminado allí su vida.

Es de reglamento brindar cada año por los muertos, por los desgraciados, por los ausentes, por los superiores del Colegio y por la prosperidad de la asociación.

Fuí nombrado para hablar de los ausentes y he aquí mi bríndis:

LOS AUSENTES.

I.

Sin saber cómo ni cuándo,
Envueltos en bruma densa
Desde una distancia inmensa
Vamos al mundo llegando.
Nos encontramos llorando
En la vasta soledad
Y enmedio á nuestra orfandad
Tendemos todos las manos,
Para unirnos como hermanos
En dulce fraternidad.

II.

Es natural: el destino
Lo quiso así, por fortuna,

Para salvar una á una
Las malezas de un camino
Donde cada peregrino,
Lleno de angustia y pavura,
Buscar amparo procura
A trueque de darlo él mismo;
Pues está cerca el abismo
Y muy lejos la ventura.

III.

¡Extraña senda, en verdad,
Es esta senda de horrores!
Por todas partes dolores,
Desdicha y adversidad.
Por eso en nuestra ansiedad
En este mísero suelo,
Nuestro más constante anhelo
Es ese amparo sagrado,
Porque amar y ser amado
Es el más grande consuelo.

IV.

Y cuando fuertes y unidos
La jornada comenzamos,
Animosos caminamos
Con la dicha entretenidos;
Confiados, inadvertidos,
Y alguna vez indolentes,
Vamos todos los presentes
Abarcando con la idea
El grupo que nos rodea,
Sin pensar en los ausentes.

V.

Hé aquí el primer desazón
Que en la jornada resalta:
La triste voz de «uno falta»

Oprimiendo el corazón.
Y la severa razón,
Que la falta aquella advierte,
Tiembla ante la varia suerte
De la mísera existencia,
A los golpes de la ausencia
Y á los golpes de la muerte.

VI.

Y vamos los peregrinos
Surcando nuestros senderos,
Como surcan los romeros
La tierra de los caminos.
Los arroyos cristalinos
Calman nuestra sed, es cierto,
Al correr de huerto en huerto
Buscando paz y ventura,
Pero ya con la amargura
De algún ido ó de algún muerto.

VII.

¿Quién no lleva el alma herida,
Aunque ría y aunque cante,
Por el recuerdo constante
De dolorosa partida?
¿Quién se libra de la vida
En este camino incierto,
Previsivo ó inexperto,
Gozando de humano trato
En el momento más grato
De que le toquen á muerto?

VIII.

Son tributo indefectible
De nuestra pobre existencia
Las lágrimas de la ausencia
Y las de la muerte horrible.
Suprimir es imposible,
A pesar de nuestro afan,

Esta cruz que aquí nos dan,
Pues nuestro calvario hicieron
Las cruces de los que fueron,
Y la cruz de los que van.

IX.

Y pues que la vida entera
Con sus cambiantes sin cuento,
Ha de amargar el memento
De ausencia ó de muerte artera,
Si la antorcha pasajera
De la dicha terrenal
Se apaga por nuestro mal,
Al irse los que nos aman,
Es que los muertos nos llaman
Con acento sepulcral.

X.

Idos, que así nos llamais
Con tan estridente nota

Desde una región ignota
Donde en vano nos buscais;
Sé bien que nos esperais
Do quiera que esteis presentes;
Que el destino de las gentes
Es uno en la estirpe humana,
Esperad; porque mañana
Seremos de los ausentes.

XI.

Y puesto que aquí no están
Algunos, y así resalta
A nuestros ojos su falta
Pues se fueron ó se van,
Y como acaso serán
Más que nunca infortunados,
O enfermos, ó desterrados,
De sus hermanos ausentes,
Que el bríndis de los presentes
Alcance á los desgraciados.

XII.

A mí, desde muchos años
Me han amargado la vida
Una herida y otra herida
De ausencias, duelos y engaños:
Y he sufrido tantos daños
Y he perdido tantas gentes
Con ausencias tan frecuentes,
Que en mi dolorosa calma
He levantado en mi alma
Un altar á los ausentes.



INDICE.

OBRAS

DEL MISMO AUTOR

Y PUBLICADAS EN ESTA EDICION.

TOMO I.—*Baile y Cochino......*

TOMO II.—*Ensalada de pollos,* (1.ª parte).

TOMO III.—*Ensalada de pollos,* (2.ª parte).

TOMO IV.—*Los Mariditos.*

TOMO V.—*Historia de Chucho el Ninfo,* (1.ª parte).

TOMO VI.—*Historia de Chucho el Ninfo,* (2.ª parte).

TOMO VII—*Los Fuereños. La Noche Buena.*

TOMO VIII.—*Mis Poesías.*

TOMO IX.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.*

TOMO X.—*Id., íd., íd.* (2.ª parte.)

TOMO XI.—*Isolina,* (1.ª parte.)

TOMO XII.—*Isolina,* (2.ª parte.)

TOMO XIII.—*Las Jamonas,* (1.ª parte.)

TOMO XIV.—*Las Jamonas,* (2.ª parte.)

TOMO XV.—*Poesías.*

TOMO XVI.— *Las Gentes que son así* (1.ª parte.)

Tomo xvii.—*Las Gentes que son así* (2.ª parte.)

Tomo xviii.—*Las Gentes que son así* (3.ª parte.)

Tomo xix.—*Las Gentes que son así* (4.ª parte.)—*Las Posadas.*

Tomo xx.—*Vistazos.*

Tomo xxi.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.* (2.ª serie.)

Tomo xxii.—*Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales.* (2.ª serie.) En prensa.



